

Fundación Juan March

poética y POESÍA

CÉSAR ANTONIO MOLINA

Madrid MMX



César Antonio Molina

PYP

Fundación Juan March

Madrid MMX

Cuadernos publicados:

1. Antonio Colinas
2. Antonio Carvajal
3. Guillermo Carnero
4. Álvaro Valverde
5. Carlos Marzal
6. Luis Alberto de Cuenca
7. Eloy Sánchez Rosillo
8. Julio Martínez Mesanza
9. Luis García Montero
10. Aurora Luque
11. José Carlos Llop
12. Felipe Benítez Reyes
13. Jacobo Cortines
14. Vicente Gallego
15. Jaime Siles
16. Ana Rossetti
17. José Ramón Ripoll
18. Jesús Munárriz
19. Juan Antonio González-Iglesias
20. Pureza Canelo
21. Jordi Doce
22. Amalia Bautista
23. Vicente Valero
24. Javier Rodríguez Marcos
25. Olvido García Valdés
26. Luis Antonio de Villena
27. Joan Margarit
28. César Antonio Molina

poética y POESÍA

5 y 7 de octubre de 2010
© César Antonio Molina
© de esta edición Fundación Juan March
Edición no venal de 500 ejemplares

Depósito legal: M-32940-2010
Imprime: Ediciones Peninsular. Tomelloso, 27. 28026 Madrid

CÉSAR ANTONIO MOLINA
El mundo a través de mi literatura

Montaigne, en sus *Ensayos*, me enseñó que el consuelo no está en el vivir sino en el aprender a morir. Maurice Blanchot me mostró que el escribir no es dejar huellas, sino borrarlas; que el escribir no es mostrarse presente, sino ausentarse. Blanchot me habló de la soledad de la obra, de su ilegibilidad, de su inacabamiento, de su ser tan inútil como indemostrable, de la diferencia entre la palabra bruta (la que informa para desinformar) y la esencial (la que comunica sin informar), y también me habló del poeta como aquél que escribe y entiende un lenguaje sin sentido. Blanchot me enseñó a releer a Hölderlin, Mallarmé, Kafka, Valéry o Rilke. Mi visión juvenil y desorientada por los alardes metafóricos y épicos de la *Anábasis* de Saint-John Perse, cambió radicalmente (sin por ello olvidarme del paisaje y la naturaleza como un estado del alma) al encontrarme con ensayos como: *L' espace littéraire*, *Le pasa au-dela*, *Faux Pas* o *L' amitié*. De la misma manera considero esenciales los textos de Heidegger, ¿Y para qué poetas? o Poéticamente habita el hombre, antecedentes del propio Blanchot.

Poesía y filosofía, escribió Friedrich Schlegel, son un todo indivisible, eternamente vinculadas, aunque rara vez juntas. ¿Y para qué poetas en tiempos de penuria? Heidegger trató de responder a la pregunta elegíaca de Hölderlin llenando el vacío de lo sagrado. Gadamer, Paul de Man y la poesía del devenir, Wallace Stevens y *El ángel necesario*, así como los poemas y ensayos de Eliot, Pound, Benn, Seferis, Ungaretti, Fernando Pessoa o Paul

Celan, entre otros, cubrieron mi propio vacío.

La poesía europea, la poesía universal había pasado por una revolución hecha, mitad y mitad, por los propios poetas-ensayistas. La manera de mirar el mundo era ya otra después de las vanguardias, del cubismo y la abstracción, el surrealismo, del lenguaje cinematográfico, de la música atonal, el psicoanálisis, de los millones de muertos en los campos de batalla y en los campos de concentración. El espacio que había quedado era distinto, «bebe la presencia ausente», según Blanchot.

Hay un poema de Rilke dedicado a Lázaro que dice lo siguiente: «Se levantó vacilante hacia la luz del día / y vio cómo tuvo que conformarse de nuevo / con esta vida aproximada e imprecisa». En estos versos, el poeta checo se queja del despertar de nuevo a la vida terrenal de Lázaro, cuando él ya había alcanzado la plenitud en lo desconocido. La vida es algo aproximado e impreciso. La poesía a la que me he venido refiriendo es aquella que trata de pasar la frontera de la realidad cotidiana, la que no quiere ser despertada por las voces de quienes desconocen que ya no hay palabras, pues ya se está en el tiempo anterior a las mismas. La obra de arte, la obra literaria, está siempre vinculada a un riesgo, a un sacrificio, a un extravío; no pertenece a la verdad, sino al exilio. Gran parte de la poesía española actual –y no sólo la de ahora mismo– es un grupo de plañideras que tratan de despertar a Lázaro. La poesía española encerrada en su sempiterno casticismo y neorrealismo, llevada en carros

de bueyes sin saber que hay automóviles, e iluminada por velas sin conocer la electricidad, se contempla a sí misma en lo retrógrado, en el analfabetismo de quienes la corean desde su oficio de escribanos. Han destrozado la palabra y corrompido el gusto. Han llenado de trampas el claro del bosque para acallar el lenguaje de los pájaros que era la palabra de Dios, incomprendible para el común de los mortales, para quienes no tienen la ocasión ni la suerte de ver cómo el cielo se abre sobre sus cabezas.

Lázaro yace de nuevo semidespierto tomado por miles de flashes y cámaras. Alguien lo interroga. Su cuerpo está lleno de moraduras producidas por los pellizcos de quienes lo reanimaban. Pero Lázaro no rompe el secreto, y desde la oscuridad entra de nuevo en la luz y se hace luz. Rilke nos habla del espacio interior del mundo, quizás el espacio literario de Blanchot, aquel en donde las abejas de lo invisible liban desesperadamente la miel de lo invisible, «para acumularla en la gran colmena de oro de lo visible».

Cuando quienes envejecen sólo han atendido a las preocupaciones inmediatas, ya no podrán volver hacia la vida interior y lo lamentarán. Joseph Campbell opinaba que la poesía estaba más allá incluso del concepto de realidad, «lo que trasciende todo pensamiento». André Breton en el *Manifiesto del surrealismo*, afirmaba que todo conducía a pensar que existía un momento, un instante, un punto en que lo comunicable y lo

incomunicable «dejan de ser percibidos contradictoriamente».

La poesía es una religión que tiene muchas fes distintas. No persigo que nadie se convierta a la mía (cuanto menos, a más tocaremos en el Paraíso) pero sí recomiendo estas lecturas que no pudo hacer Orfeo cuando descendió hasta Eurídice. Como a Paul Valéry me inquieta el lector inculto y el crítico que lo incita a pedir que la facilidad sea cómplice de la lectura, que la supuesta claridad sea el bálsamo de su vacío y de sus angustias. ¿Cómo un lector así puede cubrir el espacio que hay entre el autor, la obra y sí mismo? «En la lectura del poema, el poema se afirma como obra en la lectura y en el espacio desplegado por el lector», afirma Blanchot. La poesía es el lenguaje metafórico, sugiere la realidad que se oculta bajo el aspecto visible. La metáfora, la poesía, es la máscara de Dios mediante la cual puede experimentarse la eternidad. Pero hay muchos poetas que prefieren ser funcionarios o chamanes, es decir, prefieren conocer lo conocido a lo incognoscible.

El escritor francés Alfred de Vigny, en su obra *Chatterton*, enfrentaba al alcalde de Londres con el joven poeta famélico. El alcalde le decía que estaba fuera de la realidad y que debería volver a la misma tras ese pecado de juventud. La respuesta del protagonista, Chatterton, es muy significativa. Inglaterra, dice, es un buque donde cada uno de los marineros tienen su responsabilidad, cada uno según sus aptitudes y su rango. El poeta está en

la cofa y «lee en los astros la ruta que nos muestra el dedo del Señor». Pero, ¿todos los poetas están dispuestos a proceder a tal lectura que desafía al realismo y al racionalismo cotidiano? El poeta como creador debe negar lo real porque, según Pascal, negar lo real es rehacer el mundo.

Hamlet se preguntaba: «¿Estás a la altura de tu destino?». La poesía española de hoy debe recuperar muchas de estas fuentes que también provienen de Góngora, Quevedo, San Juan, Rosalía, Juan Ramón, Guillén, Cernuda, Lezama, Paz, y llegan a Cirlot, Crespo, Pino, Valente, Álvarez Ortega, Ory o Gamoneda, entre otros.

En *El Corán*, Gabriel le dice a Mahoma: «En cuanto a los poetas, yerran quienes los siguen. ¿No viste cómo se descaminan en los valles, y cómo dicen lo que no dicen?».

Mi intención en estas dos jornadas dedicadas a mi poesía es contar, previo a la lectura de los poemas, tres historias que tienen mucho que ver con mi manera de entender la literatura y también de dónde procede mi creación. En «Las almas más puras» me uno al viaje de un grupo de poetas, contado por Horacio, hace nada menos que dos mil años. Es la narración de uno de los primeros viajes literarios y muestra muy a las claras los sentimientos que entre ellos se tenían. Tantos siglos después yo lo repetí, no a pie como debería haber sido preceptivo, sino en coche tratando de encontrar algún rastro de lo que en su maravillosa sátira el poeta romano con-

tó. Ese tipo de rememoración del pasado es algo muy común en mí, esa nostalgia en poder dialogar con los maestros más allá de su propia escritura. La poesía es, junto con la filosofía, el género literario más cercano a lo sagrado. La poesía nació de las voces oraculares y como una manifestación de la voz ancestral de la naturaleza misma. Delfos, Eleusis o Cumas son los restos de esos oráculos pero es que en las figuras (sólo en una) de los colosos de Memnon están aún los grafitos de los poemas que, por poetas anónimos, fueron escritos en la piedra de estas figuras egipcias levantadas hace varios miles de años. No hay para mí mejor libro de poemas que éste: al aire libre, a la vista de todo el mundo, en la Tebas egipcia, junto al Nilo. Yo me hubiera conformado con haber podido inscribir allí mis versos y dejar, como otros anónimos, mi firma. «Cuando los dioses hablaban» se refiere al grito de dolor que se escuchaba salir de esta estatua. Y de la literatura como cura trata «Senza fine». La entrada de la medicina, desde Grecia, en la ciudad de Roma y el valor simbólico de lo religioso y lo poético.

Mi poesía viene de la antigüedad clásica y se inscribe en ese diálogo con la naturaleza y las fuerzas que mueven su enigma. Una poesía del panteísmo, del paganismo mezclado con nuestro mundo contemporáneo. Clásica y moderna a la vez, es decir, de cualquier tiempo.

LAS ALMAS MÁS PURAS

Un joven emprende el camino desde la ciudad en donde vive hasta otra que es puerto de mar. En la ruta se va encontrando con gentes de diferentes calañas. De unos se zafa y con otros se confronta más oralmente que físicamente. Le sientan mal las aguas y los mosquitos, y las ranas de los pantanos ahuyentan el sueño. El transporte por barca que parecía rápido y suave, se transforma en lento y penoso. Al amanecer los propios pasajeros se hacen con la chalupa y azuzan a la mula avivando de nuevo el paso. Después de varios días de marcha se encuentra con la persona que ha organizado el viaje así como con otros compañeros. Pocas horas más tarde se saluda fraternalmente con los amigos más íntimos. La comitiva es ahora amplia y reemprende la partida para llegar con adelanto a la importante cita a celebrarse en la meta final. Los servidores de unos y otros entablan divertidas contiendas verbales que quedan en tablas. Los lances de amor se suceden. En uno de ellos cae nuestro protagonista que se tiene que conformar con unos agradables sueños eróticos. Por donde pasan todo es hospitalidad y, a veces, pesada cortesía. A punto de llegar, uno de esos amigos parte sin motivo, llorando todos en la triste despedida.

Este armazón argumental ha sido el motivo de cientos de narraciones escritas a lo largo de la historia de la literatura universal. Con más o menos ingredientes, con

más o menos jornadas, con más o menos protagonistas y asuntos, esta *road movie* se ha repetido hasta la saciedad. Pero a la que me refiero no sucedió en el siglo de Cervantes o en el de Sterne, ni tampoco en el de Stendhal, el de Joyce o el de Kerouac; sino hace nada menos que dos mil cuarenta y seis años y, por tanto, es precursora de todas las demás. Apenas son tres o cuatro folios escritos y protagonizados por la misma persona, Quinto Horacio Flaco.

Horacio tenía veintiocho años cuando en la primavera del año 37 antes de Cristo, emprendió esta aventura cuyo relato dejó por escrito. En ningún momento se explican ni los motivos ni las razones, dándole así un valor puramente literario. Parece, por los datos muy sucintos que aporta, que Mecenas fue el promotor. El rico político, el por así decir Ministro de Cultura de Octavio, convoca a los poetas, a sus patrocinados, a seguirlo. Se sabe la ciudad de destino pero se desconoce la utilidad de tanta prosapia. En realidad el relato se inicia y termina sin explicación alguna, como si de un viaje a ninguna parte se tratara. El autor y protagonista se regodean en este no saber, en esta especie de ceguera que es la de la vida misma. Horacio en las *Odas* ya había comentado que los dioses han preferido ocultarnos el futuro y se ríen de quien pretende averiguarlo. Hay que ocuparse del presente, pues todo lo demás fluye imprevisible como un río. «Dueño de sí y feliz vivirá quien pueda decir día tras día aquello de ‘he vivido’» (*Odas*, libro III, 29).

El protagonista parte de Roma. Todos los lugares por donde discurre su peregrinaje aún existen hoy con nombres muy semejantes: Aricia (Ariccia), Foro de Apio (Forappio), Feronia (Terracina), Fundos (Fondi), Fornias (Formia), Sinuesa (Sinuessa), Puente Campano (entre la región del Lacio y la de la Campania), Capua, Villa de Cocceyo-Montesarchio, Benevento (Benevento), Apulia (la región natal de Horacio, al sur este de la península itálica), Trivico (Trevico), Aequum Tuticum (San Eleuterio), Canusio (Canosa), Rubos (Ruvo di Puglia), Barium (Bari), Gnacia (Egnazia), Brindis o Brundisium (Brindisi) y Tarento.

De Roma sale por la vía Apia que unía a la capital del Imperio con Capua, Benevento y Brindisi. Aricia (Ariccia) está a unos treinta kilómetros al sur de Roma, junto al lago Nemi, el origen de *La rama dorada* de Fazer. Un lago majestuoso y enigmático en la boca, en el cráter de un antiguo volcán. Horacio reemprendió su camino siguiendo la línea de costa por el Foro de Apio (Forappio) a otros cuarenta kilómetros del anterior destino. Feronia (Terracina) es la costa meridional del Lacio. Durante la época romana fue un importante nudo comercial en la Vía Apia. Hoy es un punto turístico de playa. Sin embargo se conservan ruinas romanas y edificios medievales, y están las colinas Ausonias que Horacio contempló. El Duomo románico deja ver parte de lo que fue un antiguo templo romano. A tres kilómetros por encima de la ciudad aún se alzan el podio y los cimientos del tem-

plo de Júpiter que datan del mismo siglo de nuestro poeta. A partir de aquí, Horacio empezó a transitar por los últimos lugares del Lacio antes de penetrar en la Campania y pasar del mar Tirreno al Adriático. Fundos (Fondi), Formias (Formia) y Sinuesa (Sinuessa) dan paso a Puente Campano entre la región del Lacio y la de la Campania. De aquí pasando por Capua, Montesarchio y Benevento se salta a la Apulia. Benevento tiene dos grandes monumentos romanos que Horacio no pudo contemplar, el Arco de Trajano (114-166 después de Cristo) y el Teatro de Adriano. Esta importante ciudad era el final de la primera ampliación de la via Apia desde Capua. Sus edificios medievales dañados por la Segunda guerra mundial son de gran interés como, por ejemplo, el Duomo del siglo XIII que conserva los restos de las puertas bizantinas. En la Apulia, el viajero y narrador no hace la más mínima referencia personal, lo cual muestra la abstracción narrativa que busca. Su relato es objetivo y no da paso a tiempos pasados o futuros que dispersen la atención del lector y la suya propia. Rubos (Ruvo di Puglia), Barium (Bari) y Brindis (Brindisi) son los últimos importantes puntos del final del recorrido. Rubos tuvo su mejor época en los años anteriores al paso del cortejo de Mecenas, cuando imitaba magistralmente la cerámica corintia y ática. El Duomo románico del siglo XIII es una buena mezcla de la reutilización de restos romanos, árabes y bizantinos. Barium fue un floreciente centro comercial romano y luego árabe, bizantino y nor-

mando. Hoy es la capital de Apulia y puerto fundamental de conexión con Croacia y Grecia. En la basílica normanda de San Nicola se conservan las reliquias del Santo patrón de la ciudad. También tiene un Duomo románico de finales del siglo XII y un castillo levantado por Roger II y reformado por Federico II.

Todos estos lugares he tenido la oportunidad de conocerlos en mis varios viajes a Italia, aunque no descarto hacer el camino a pie.

¿Quién y para qué se montó esta expedición? El quién lo sugiere el narrador; mientras el por qué lo deja excluido. Quizá lo hizo a propósito para dejarnos a nosotros el enigma. Mecenas hizo la convocatoria y fijó el destino. El benefactor de las artes y las letras no coincidió con Horacio hasta avanzado el camino, en Terracina. «Mucho estimo yo el haberle caído en gracia a quien, como tú, distingue al malvado del bueno no por un padre preclaro, sino por la pureza de vida y de alma», alaba Horacio a Mecenas en *Sátiras* (I-6). Mecenas va acompañado por Cocceyo Nerva, miembro de la familia de la que, en las postrimerías del siglo I después de Cristo, saldría el emperador Nerva; y de Gayo Fonteyo Capitón. Ambos eran importantes personajes tanto de la confianza de Octavio como de la de Marco Antonio. Y si este encuentro, después de algunas penalidades, alegró a Horacio; su complacencia fue infinitamente mayor cuando en Sinuesa (Sinuessa), pocos días después, se encontró con sus pares los poetas Plucio Tucca, Lucio Vario Rufo y Pu-

blio Virgilio Marón, «las almas más puras que la tierra ha dado, y a quienes nadie quiere más que yo. ¡Oh, qué abrazos hubo y qué alegrías! Nada compararía yo a un amigo querido, estando en mis cabales» (*Sátiras*, I-5). Plocio Tucca y Vario Rufo serían los editores póstumos de la *Eneida* de Virgilio, contraviniendo sus deseos. Además de estos poetas, el círculo de Mecenas estaba formado también por Quintilio Varo y Valgio Rufo, que no aparecen aquí. Virgilio sentía una gran amistad por Quintilio y así lo dejó expresado Horacio en las *Odas* (I-24). La muerte se posesionó de Quintilio y todos lloran su desaparición, sobre todo, Virgilio, cuyas peticiones de curación no escucharon los dioses. El poder poético de Virgilio se estrella contra el destino, la poesía no puede hacer nada frente a la muerte, la poesía sólo puede consolar. «... ¿Así que a Quintilio lo cubre el sueño interminable? ¿Y cuándo el Pundonor y la incorrupta Fe, hermana de la Justicia, y la desnuda verdad encontrarán a uno semejante? Ha muerto llorado por muchos hombres buenos; pero por nadie tanto como por ti, Virgilio. Tú, ¡ay!, piadoso en vano, reclamas a los dioses a Quintilio, que no se lo habías encomendado para esto...». Quintilio Varo, era además, un crítico ejemplar, poco indulgente y, por lo tanto, fiable. En realidad era un cómplice del autor por que lo avisaba, prevenía y advertía de sus defectos que, reiterados, podrían conducirle a la separación del lector. Varo ejemplificaba para Horacio su idea del crítico como un lector amigable, ligado al poeta

por propósitos unánimes e ideales comunes. Un amigo *bonus et prudens*, honesto y sabio como lo era el gran Quintilio (*Arte poética* 438-52). Las relaciones entre todos ellos parecen haber sido fraternas. Horacio mostró siempre admiración por Virgilio, cinco años mayor que él. Uno y otro tenían temas e intereses poéticos distintos. En las *Epístolas* (Libro II-1), Horacio destaca, entre otras muchas virtudes de Mecenas, el haber sabido elegir a poetas como Virgilio y Vario. Y esta alabanza también le vale para marcar las diferencias con ambos. Horacio resalta la capacidad que ellos tienen para la épica y alabar las gestas del Emperador, a diferencia suya, «ni mi poder se atreve a tentar una empresa que mis fuerzas se niegan a sobrellevar». Virgilio era cinco años mayor que Horacio y también le llevaba la misma distancia Mecenas quien, junto con Agripa –mano ejecutora de Octavio– fue el más cercano colaborador del Emperador. Mecenas sólo tuvo un competidor, en el patrocinio de las artes, en Marco Valerio Mesala Corvino. Corvino estuvo con Horacio en la batalla de Filipos (Horacio y otros muchos jóvenes romanos estudiaban en Atenas cuando Bruto se exilió a esta ciudad y atrajo a su causa a la mayoría de ellos), luego fue gobernador de la ciudad de Roma, y a su alrededor reunió un círculo literario comparable al de Mecenas, del que participaban Ovidio y Tíbulo el *iudex candidus* de las *Sátiras*.

Horacio, según su propia descripción, era bajo y gordo. Amigo de los amigos, solitario, amante de la buena

vida y ascético cuando tocaba, optimista y afable aunque con mal genio, algo melancólico, hipocondríaco como Mecenas, célibe impenitente y sin descendencia. Horacio es una buena muestra de la mezcla entre epicureísmo y estoicismo. Sólo se interesó por la filosofía práctica, la pensada para vivir, dejando en un segundo plano los problemas de la cosmología, teología, gnoseología, lógica y metafísica. Cuando muere Virgilio, en septiembre del 19, Horacio ocupa su lugar en las preferencias de Octavio. El Emperador lo quiso nombrar su secretario particular, pero él lo rechazó. Sin embargo atendió los encargos literarios. Horacio como Mecenas lo hiciera unos meses antes, murió en el año 8. Horacio, entre otras alabanzas de Virgilio, escribió en *Odas* I-3, «...oh nave que nos debes a Virgilio, que a ti te ha sido confiado. Te ruego que se lo devuelvas sano y salvo a los confines de Atica, y que guardes a quien es la mitad del alma mía». Muy pocas veces un poeta mostró por otro tanto afecto y admiración en un gremio fértil en vituperios de los unos sobre los otros.

Horacio al fallecer contaba 56 años, Mecenas 61. El primero le escribió lo siguiente a su mentor, «...Ni a los dioses ni a mí nos apetece que te mueras antes, Mecenas, honra grande y puntual de mi fortuna. ¡Ay!, si un mal golpe se adelantara a llevarse contigo una parte de mi alma, ¿qué me importaría la otra a mí, que ya no valdría lo que antes, sobreviviéndote, pero no entero? Aquel día traerá la ruina de uno y otro. Mi juramento no fue en fal-

so: iré, sí, iré, a donde quiera que tú vayas por delante, dispuesto a acompañarte en el postrer viaje...» (*Odas* II-17). Así fue. Desde el año 20, Mecenas había perdido parte de su influencia frente a Octavio, debido a uno de los personajes que cita Horacio en su relato. La frase enigmática del narrador dice así: «luego, cansados, nos quedamos en la ciudad de los Mamurras, donde Murena nos procuró una casa y Capitón una cocina». Se sabe que este último apareció con Mecenas, pero Murena sólo surge aquí citado como la persona a través de la cual les hacen ese favor, pero en su ausencia. Lucio Licinio Varrón Murena era el cuñado de Mecenas. Amigo de Augusto y copartícipe del consulado fue, años después, acusado de participar en la conjura de Capitón y ejecutado. Mecenas trató de ayudarlo y eso provocó el distanciamiento con el Emperador.

En el relato hay otros dos hombres cuyo paso a la historia está por la mención del narrador, un tal rétor Heliodoro «el más docto de los griegos», y Aufidio Lusco un magistrado municipal que los sale a recibir con sus mejores galas y ellos se burlan ocultamente de él. Quizás el eje de la historia, cuando la escribió y la colocó entre las *Sátiras*, giraba en torno a la pugna entre el bufón Sarmiento y Mesio Cicerro. Una pelea verbal, un duelo atroz entre ambos, sacando a la luz lo peor de sus bajos orígenes. Una batalla con insultos cada vez más graves que Horacio trató burlescamente de equipararla a la lucha de los cíclopes. Pero la lectura de estas páginas perdura hoy

por el caminar sin destino de los viajeros que saben quién los lleva pero no a lo que van. ¿Por qué en Canusio (Canosa) Vario, desolado, se separa de sus amigos, que llorando quedan?

Sátira viene, según parece, de satura, plato abundante y variado. Una especie de obra de carácter misceláneo, parecido a lo que yo hago en estos libros aunque en prosa y no en verso. Una especie de potpourri u olla podrida en la que casi todo tenía cabida. También un relato como éste, inusual hasta entonces, autobiográfico, autorreflexivo, burlón y melancólico y estremecedor por los encuentros y desencuentros con las pasiones y la amistad. Sermones, diatribas, pasatiempos, charlas, a través de las sátiras se censura libremente a todos los ciudadanos que lo merecían. Horacio fue un observador crítico pero humano de la sociedad de su tiempo, fue un ameno maestro de cuestiones éticas importantes y creyó que sus reflexiones podrían ayudar a los hombres a ser más felices. En las *Sátiras* habló de la suerte, la envidia, de las riquezas, mucho vituperó a los gastrónomos, alabó el campo y su vida y menospreció la corte; también de los amores, los dioses, la avaricia y de los defectos ajenos y propios y, de vez en cuando, igualmente se refirió a la literatura. Las *Sátiras* de Horacio no difaman, ni insultan, recrean los defectos de quienes se critican en un tono coloquial como si fueran *sermoni propiora*, «salvo porque difiere de la prosa en el pie fijo, es pura prosa». Horacio aspiraba a poner su sabiduría en beneficio de los conciui-

dadanos, ser *utilis urbi*. Horacio, Persio, Juvenal, Varrón fueron algunos de los mejores cultivadores. Pero los verdaderos creadores fueron Lucilio, Nevio y Ennio. El primero fue su inventor. Escribió muchas y a prisa. Horacio lo criticó diciendo que sus textos eran como un río que arrastraba mucho lodo, *lutulentus*. La actividad de un poeta satírico no podía acabar en una mera muestra de rapidez versificadora. Por otra parte, la sátira no era estrictamente poesía. Si se la liberaba de la métrica y se disponían sus palabras, según el *ordo naturalis*, sería una prosa. *Sátiras* y *Epístolas* tienen abundantes semejanzas y características propias. Horacio también cultivó con profundidad estas últimas. Las epístolas eran cartas literarias con un destinatario contemporáneo, cartas filosóficas y filosófico-morales y, además, contenían teoría y práctica literaria. Los temas de las epístolas se refieren a la filosofía-moral, a la crítica literaria y a recuerdos autobiográficos, la mayor parte de las veces en contenidos separados y trenzados. Hay algunas magistrales como I-6 en donde se pregunta ¿a qué viene ambicionar honores y riquezas que no nos han de librar de la muerte? «El no asombrarse de nada, Numicio, es casi la única y sola cosa que a uno puede hacerlo y mantenerlo feliz» (...) «Todo cuanto está bajo tierra el tiempo acabará por sacarlo a la luz; ha de enterrar y esconder todas las cosas que hoy brillan. Aunque cubierto de fama te hayan contemplado el pórtico de Agripa y la Vía de Apio, lo que te espera es ir allá donde Numa y Aneo acabaron». En otra *Epístola*

I-8, por ejemplo, cuenta la depresión a la que está sometido y su difícil sanación. «...Es más bien que, no teniendo tanta salud de espíritu como de cuerpo, me niego a oír y aprender cosa alguna que pueda aliviar mi dolencia; pues me molestan mis médicos de confianza y me enfado con los amigos cuando intentan sacarme de mi funesto letargo; porque voy tras lo que me ha dañado y rehúyo lo que creo que me ayudaría...». En la *Epístola* I-10 hace el menosprecio de la corte y la alabanza de la aldea, un tema que en el futuro sería recurrente y tópico, «A Fusco, que ama la ciudad, lo saludamos los que amamos el campo».

Las *Odas* y el *Canto Secular* constituyen la obra lírica de Horacio, poesía para ser cantada al son de la lira y también leída. Poesía de origen griego que habla de banquetes; fiestas en compañía de los amigos; amores; alabanzas a los dioses y héroes, a políticos y patriotas; que cuenta la vida campesina y ciudadana; que reflexiona sobre lo efímero del tiempo —el *carpe diem*—; sobre el desapego a las riquezas, honores; que rechaza la avaricia y solicita la suerte y la fortuna en medio del cultivo de una *aurea mediocritas* que evita las envidias y, por tanto, el deseo del mal ajeno. En las *Odas* II-16 se pregunta lo siguiente, «¿Por qué en tan breve vida osamos dar caza a tantas cosas?» y, en el mismo texto, más adelante, se responde, «que no hay felicidad que lo sea por entero».

Después de la lectura y relecturas de Horacio sigo prefiriendo ese revoltijo que son las *Sátiras* y esas sabias

reflexiones que son las *Epístolas*. Y de entre todos sus textos me sigue subyugando este *iter Brundisinum*, este camino de la vida, apenas sin quejas, apenas sin preguntas, basando la breve felicidad en pequeñas cosas cotidianas. Esta brevedad de la vida y la existencia contada sin barroquismos, tal cual. Ya quisiera yo que muchas de las páginas de mis libros fueran así, tan sencillas pero tan profundas.

Horacio parte de Roma acompañado de esclavos y sirvientes y de ese personaje por él admirado pero desconocido para la historia, el rétor Heliodoro. Toman la vía Apia y llegan al foro de Apio, un canal de varios kilómetros que cruzaba los pantanos Pontinos. Las barcas tiradas por mulos a través de los caminos de sirga, llevan a los viajeros hasta Anxur. Entre los marineros, venteros y viajeros hay un ambiente de pelea. El tiempo que pensaban adelantar se retrasa por la pereza de las mulas y la desidia de sus responsables. El viajero y narrador no cena pues le ha sentado mal el agua que tomó. Los mosquitos y las ranas ahuyentan el sueño pero, finalmente, todos caen en él acunados por las canciones de amor de los borrachos marineros de agua dulce y las de algún viajero. Al amanecer se dan cuenta que la barca está detenida, apenas han avanzado. Un pasajero salta y despierta de su letargo al marinero y la mula. En Anxur aparece Mecenas, Cocceyo y Gayo Fonteyo. La Bruyère decía que un amigo fiel es mucho, y también es mucho el haberlo encontrado, «no cabe tener demasiados en el servicio a

los demás». Horacio, que no solo padecía del estómago, sino también de la vista, se unta los ojos pitañosos con «negruzcos colirios». De aquí, pasando por Fundos, llegan a Fornias donde la presencia-ausente de Murena les proporciona una casa y Capitón una comida. Plocio, Vario y Virgilio se unen a la comitiva en Sinuesa. En la frontera entre el Lacio y la Campania, en Puente Campano, los comisionados oficiales que debían ocuparse del alojamiento de quienes viajaban por encargo y cuenta del Estado, les ofrecieron «agua, sal y asiento a la lumbre». En Capua descansan las mulas. Mecenas se va a jugar a la pelota y Virgilio y Horacio se acuestan. Ambos compartían los males oftalmológicos y gástricos. Después la villa de Cocceyo y la disputa de los dos bufones. En Benevento el hospedero no se abrasó de milagro dando vueltas a unos «tordos flacos». En Apulia, en Trivico, el viajero y narrador sufre un desengaño amoroso, se maldice a sí mismo y el sueño erótico le hace manchar ropa y vientre. El narrador va haciendo comentarios gastronómicos dejando en buen o en mal lugar a los anfitriones. Otra tristeza, además de la del amor no correspondido, le produce la marcha repentina y sin explicación de Vario, que es como la de la muerte ¿Por qué si no quedarían sus amigos llorando? Luego Rubos bajo la lluvia y los muros de Bari, rico en pescado; y luego la árida Gnacia; y, finalmente, Brindis. Y aquí la última frase extraordinaria, «es el final de este largo escrito y del largo viaje». Un viaje que el autor hizo en pocos días y

que nosotros hemos tardado un par de milenios para recordarlo. ¿Dónde estábamos entonces? ¿Dónde estaremos en el futuro? Séneca nos contesta, «si la dicha mayor es no nacer, la más parecida, creo yo, es ser devueltos rápidamente a nuestro primitivo estado tras cumplir con una vida corta».

Octavio y Marco Antonio se reunían en Brindisi para formalizar un pacto de paz. Mecenas acude en apoyo de Octavio, rodeado de la representación que considera mejor, la de sus poetas. Se sabe que la paz no fue muy duradera y todo acabó a favor del Emperador, pocos años después, en la batalla de Accio, en septiembre del 31. En las *Odas* I-37 contó el triunfo de Octavio sobre Antonio y Cleopatra a quien magnificó por su heroica muerte voluntaria echando mano «de las ásperas serpientes para absorber en su cuerpo su veneno negro».

¿Qué hicieron los poetas? ¿Tuvieron tiempo para interpretar sus versos? La reunión política se llevó a cabo, finalmente, en Tarento (Taranto), la antigua Taras fundada por los espartanos en el 708 antes de Cristo, en el golfo del mismo nombre, no en el mar Adriático sino en el Jónico.

Largo escrito, largo viaje, más largo el nuestro todavía para lograr el dulce olvido de una vida agitada. En su testamento Mecenas dejó pedido a Octavio que se acordara de Horacio Flaco como de él mismo. ¿Quién pedirá por nosotros? ¿Quién intercederá por nosotros?

Edición de la editorial Gredos preparada por J.L. Moralejo

CUANDO LOS DIOSES HABLABAN

Y toda la noche llovió sobre mí una fina lluvia de arena del desierto de Tebas, mientras esperaba el blando vuelo de las sombras huir hacia el país de los descarnados. Un día más amanecía como si fuera el último para poder ir a la región del misterio. Estoy echado sobre la hierba que cubre lo que antaño fue el grandioso templo funerario de Amenofis III, un faraón de la XVIII dinastía que vivió aproximadamente mil quinientos años antes de Cristo. Todo lo que queda visible de esta construcción en la ribera occidental de Tebas, son las estatuas colosales del rey que preceden al primer pilono. Fue el mayor de los templos funerarios reales y no pereció a causa del tiempo o las guerras. Los soberanos posteriores reutilizaron sus materiales. Es, de entre todos los templos funerarios, el más cercano al Nilo. Ahora lo contemplo rodeado de tierras fértiles que los campesinos dejan inundar para luego extender sus cosechas y hacer frente al amenazador desierto cuyo color amarillo pálido contrasta con el verdor intenso de estos campos. Este templo, o lo que queda de él: piedra triturada de los antiguos muros, columnas, capiteles o estatuas, es único por estar situado en la llanura y no en el desierto. Durante la crecida anual del Nilo, la natural, no la provocada por los canales artificiales construidos para favorecer el riego por inundación, todo quedaba cubierto por el agua menos el santuario interior. La fertilidad del líqui-

do frente a la esterilidad de la arena. Para este recinto se esculpieron muchas estatuas del rey, de su familia y de diversos dioses, algunas de las cuales aún se mantienen en pie en su lugar de eternidad. Zahi Hawass, Secretario general del Consejo supremo egipcio de antigüedades y uno de los más grandes egiptólogos, me contó que excavaciones recientes de Hourig Sourouzian han sacado a la luz nuevas piezas, incluido un hipopótamo pigmeo casi completo que probablemente representa al dios Set y otras varias estatuas de la diosa Saemis.

Amanece lentamente y los débiles rayos del sol vuelven a iluminar los rostros informes de los dos colosos que penan indefinidamente exiliados en la tierra, rehenes de su gloria. ¿Son esos rostros perdidos los nuestros? En época romana un terremoto agrietó el coloso situado al norte y, como consecuencia, cada mañana la estatua producía un sonido agudo cuando el sol la calentaba. Los griegos creyeron oír, interpretaron este aullido, como la desesperada canción de Memnón, héroe de la guerra de Troya. Memnón era hijo de Titono y Eos, la Aurora, la hija del Titán Hiperión y la Titana Tea, una hermosa mujer de piel de azafrán. Eos solicitó para su esposo la inmortalidad, pero olvidó también pedir la eterna juventud, de forma que este troyano, vástago de la casa real, envejecía y envejecía más que cualquier otro mortal. Su esposa desesperada al verlo sufrir, lo transformó en una cigarra. Eos y Titono tuvieron dos hijos: Ematión y Memnón. Este último luchó como un troyano y cayó en

duelo con Aquiles. Su madre, que cada mañana hace amanecer al día desde su carro y al atardecer se lleva a los mortales, robó el cadáver del hijo y lo lloró. A Zeus le solicitó que, al menos, una vez al día, hiciese resucitar a su hijo. Y así, cada despuntar el alba, mientras la inconsolable Aurora lo acunaba con los rayos, el hijo agradecía la aparición de la madre en el horizonte con un estremecedor llanto. Memnón fue el caudillo de los etíopes. Iba protegido por una armadura obra de Hefesto (Vulcano). Memnón a su vez había provocado dolor al matar a Antíloco, hijo del viejo Néstor, uno de los más apreciados caudillos griegos. El duelo entre Aquiles y Memnón fue cantado por Esquilo en una obra perdida. Karl Kerényi en *Los héroes griegos* nos dice lo siguiente: «Aquiles devolvió a los troyanos el cuerpo de Pentesilea para que le diesen sepultura. Tan inesperado como ella, llegó desde el país de los etíopes con una armadura obra de Hefesto el apuesto Memnón, hijo de la diosa Eos, para liberar Troya. Y al igual que la Amazona, también el joven héroe procedente de oriente cayó derrotado por Aquiles en un famoso duelo, pues en él se enfrentaron dos hijos de diosas. Se hizo necesario entonces que Zeus sostuviera su balanza de oro en la mano, como había hecho anteriormente, cuando los destinos de Aquiles y Héctor todavía no estaban decididos. Algunos pintores vasculares pusieron en cada plato de la balanza una criatura alada, la muerte, la *ker*, de los héroes. Pero al mismo tiempo se trataba de una *psychostasia*, el pesaje de las almas cuya po-

sesión significaba la vida. En la tragedia de Esquilo que llevaba este título, probablemente aparecían dos figuras de jóvenes alados, uno de los cuales pronto iba a «abandonar la virilidad y la juventud llorando su hado». La ker de Memnón hizo que su plato se inclinase por el peso, y la diosa de la aurora tuvo que llorar a su hijo muerto. En el *Peaje de las almas* de Esquilo, ella, a la que tanto le gustaba raptar a muchachos jóvenes, se lleva el hermoso cadáver porque al final Zeus le permitió hacer inmortal a su hijo. Sin embargo, en la desembocadura del Eseo, en el mar de Mármara, se mostraba el túmulo de Memnón, al que acudían todos los años los «pájaros de Memnón» combatientes o lo que quiera que fuesen, y luchaban hasta sangrar en honor del héroe» (Atalanta Ediciones).

Situado delante de los colosos, dos figuras sedentes de más de veinte metros de alto, apenas mi cabeza llega a alcanzar la línea de sus basamentos. El faraón sentado en su trono apoya ambas manos sobre las rodillas. En la estatua del norte lo acompaña su madre Mutmwaya, mientras que en la del sur comparte el trono con su esposa Tye. Los bloques monolíticos de arenisca son ahora cruelmente cincelados por la eternidad. La restauración llevada a cabo en el coloso norte, el que emitía el sonido, durante la época de Septimio Severo (193-211 después de Cristo) lo silenció. Por eso yo tampoco lo he podido oír a pesar de mis peticiones. Apenas escuché el retumbar de una escuadrilla de aviones que luego van dejando su estela blanca en el cielo cada vez más azul y más lim-

pio de esta mañana que despierta perezosa mientras soy el único sonámbulo. En el siglo X de nuestra era cristiana, el poeta árabe-español Abū L-Asbag Ibn Al-Jatib escribió estos versos: «Entre muertos inmóviles, soy el único vivo, / el único despierto en un tiempo que duerme; / voy por el mundo y sólo veo / seres dormidos / como los de la cueva de al-Raqín. / Se han borrado los hitos / de la cultura y los conocimientos que eran míos / y sobrevivo / como una huella del pasado» / (la traducción es de Teresa Garulo). Me gustaría conocer la cueva de al-Raqín, pero sustituyamos este lugar por el de los Colosos de Memnón y el poema representa mi estado de ánimo a la perfección en este instante. Únicamente estoy acompañado por algunos perros vagabundos. Sin yo decirles nada, han tratado de imitar con su aullido el mudo retumbar de la estatua a la salida del sol. Es decir, el saludo del hijo a la madre, siguiendo la grandeza homérica. ¿Pero el sonámbulo y perdido soy yo o las estatuas de los colosos desafiando la fragilidad de la existencia? Los perros no son muy queridos en el mundo musulmán; pero en Egipto, en medio de las ruinas, son respetados como antiguos dioses destronados. Los miro fijamente y sus ojos conservan aún un pequeño destello de divinidad, pues todo ser humano –incluso el irracional–, la posee. Yo los respeto y ellos me han acompañado en esta espera sin ninguna demanda. Incluso conociendo mi deseo han tratado de complacerme, pero no es lo mismo el grito de un hijo muerto en el campo

de batalla, que la imitación hecha por unas gargantas sin degollar. En Berlín, en el museo Staatl, contemplé una cratera corintia fechada el 580 antes de Cristo. Contaba la victoria de Aquiles y la derrota de Memnón. ¿Por qué nos atraen siempre los perdedores? ¿Por qué nos atraen siempre los antihéroes? Aquiles nunca contó con mis simpatías y, sin embargo, Héctor es quizá el mejor héroe literario. Ambos saben que van a morir, uno más pronto y otro más tarde. ¿No fue acaso Aquiles derrotado por su propia impiedad?

Los monumentos egipcios están llenos de inscripciones que los mortales hemos ido grabando, a lo largo de los siglos, para dejar la huella de nuestro efímero paso anónimo por en medio de la historia. Pero pocas tan emocionantes como las escritas sobre las piernas y los pies de una de estas figuras. De las ciento siete inscripciones rotuladas en el Coloso, sesenta y una están en griego, cuarenta y cinco en latín y una en ambas lenguas clásicas. Treinta y nueve son textos en verso (treinta y cinco epigramas en griego y cuatro en latín). Estos datos, como la mayor parte de las referencias que voy a hacer, los obtengo de un libro extraordinario escrito por André y Etienne Bernand titulado *Les inscriptions grecques et latines du Colosse de Memnon*, publicado en el año 1960 por la Bibliothèque D'Etude del Institut Français D'Archéologie Orientale. No creo que nadie haya podido mejorarlo con el tiempo pues, desde entonces, estoy seguro que muchas de estas inscripciones se han ido de-

teriorando. Me llega a través de mis amigos egiptólogos Teresa Bedman y Francisco Martín Valentín que han hecho un impagable trabajo sobre Sen-En-Mut. André y Etienne historian los motivos y razones de esta escritura pétrea, la transcriben y dejan constancia fotográfica de cada uno de los textos. Estando delante del Coloso se perciben los mensajes, se perciben las sinuosas siluetas; pero sin el libro de los Bernand uno se queda ciego para poder leer las invocaciones. Las dificultades con las que se encontraron para desentrañar estos «jeroglíficos» debieron ser inmensas. La mayor parte de los textos no están fechados. Hacerlo en función del lugar ubicado en el Coloso o de la forma de las letras es muy poco fiable, así como del contenido. La mayor parte de estos versículos poéticos, fueron encargados a poetas masculinos y femeninos aficionados u oficiales. Ellos manifestaban un fondo común de creencias y tradiciones basadas en los textos homéricos. La brevedad limitaba su expresividad pues lo importante era dejar constancia del personaje oferente.

Los Bernand los clasifican en cinco grupos: los textos anteriores al gobierno de Adriano; los inscritos durante el reinado de este emperador, pero antes de la visita; los contemporáneos al viaje; los posteriores al mismo; y, finalmente, los de después de la muerte del Emperador. Los primeros fueron redactados en la década de los ochenta y noventa tras la muerte de Cristo. Dos de ellos están firmados por Peon de Sidé y dicen: «Pese a que al-

gunos destructores hayan dañado tu cuerpo, Tú emites sonidos, que yo, Mettius, he oído personalmente, ¡Oh Memnón! Estos versos son de Peon de Sidé». «Que podías hablar, Memnón, yo, Peon de Sidé, ya lo había oído decir, pero ahora, aquí, lo sé por experiencia». Mettius Rufus era por aquellas fechas el prefecto de Egipto. Este mismo cargo luego lo ostentaría Petronius Secundus. Las palabras expresan, de la manera más corta, el asombro de un peregrino que comprueba cómo un bloque de piedras rajadas puede emitir un sonido, un canto indescriptible e intraducible para el oído mortal. Son textos que constatan una leyenda de manera lacónica y objetiva. La autoridad romana acepta un fenómeno natural que desafía a la lógica. Pero los firmantes de esta primera época no son únicamente prefectos de Egipto. Hay además un comandante de un ala miliaria, una poetisa que habla en su propio nombre y varios desconocidos. Excepto un epigrama en latín grabado en el tobillo derecho del Coloso, todos los demás, redactados en griego, se concentran en el pie izquierdo, cerca del zócalo. Sólo uno de los poetas, la poetisa Cecilia Trebulla, grabó su nombre tres veces, mientras que la firma de Peon de Sidé aparece dos. Transcribo los dos más interesantes: «Caecilia Trebulla, tras haber oído una segunda vez a Memnón, mientras que antes sólo habíamos escuchado su aliento, hoy, como sucede con los conocidos y con los amigos, Memnón, hijo de Aurora y de Titón, nos ha saludado. ¿Le ha dado la naturaleza que organiza el universo el don de

sentir y hablar?». «Yo soy Cecilia Trebulla, la que, tras haber oído a Memnón, ha escrito lo siguiente: Cambises me ha quebrado, a mí, piedra modelada a imagen del rey de oriente. Yo antes tenía una voz plañidera, que deploraba las desgracias de Memnón, y que me ha quitado Cambises. Hoy, los sonidos que emito con mis quejas son inarticuladas e ininteligibles, vestigios de mi pasada fortuna». Estoy conforme con el juicio de los autores de la investigación con respecto a que ambos poetas fueron encargados de inmortalizar a un grupo de peregrinos, pero sólo lo hicieron con ellos mismos. ¿Quién los iba a descubrir? La referencia a Cambises, rey de los persas, debe ser al II, que se lanzó a la conquista de Egipto en el 525 antes de Cristo. Leyendo los textos correspondientes a este período observo un especial fervor religioso. Memnón es un fenómeno físico más que espiritual. Asombra que un bloque pétreo pueda emitir un grito, y así Cecilia se maravilla de que la cuarcita antropomorfa esté dotada de sensibilidad. Durante estos años la tradición que convierte a la estatua en un Dios aún no se consolidó. ¿Era el Coloso realmente hijo de la Aurora? ¿Era acaso un rey de Oriente cuya efigie destruyó Cambises? ¿Por qué el faraón que construyó el templo y se inmortalizó en ambos colosos cedió la propiedad intelectual de uno y se la trasladó a un héroe lejano? Memnón se muestra amistoso o quejumbroso, creen que está vivo, que se percibe como divino. ¿Le dolían estos tatuajes en propia carne?

Los textos escritos durante el reinado de Adriano, antes de su viaje llevado a cabo el año 130 d.C.; atestiguan un culto ya organizado y oficial. Así, Funisulanus hace una ofrenda, una libación y un ruego: «Funisulanus Charisius, estratega de Hermontis Latópolis, aquí mismo, acompañado por su esposa Fulvia, te ha oído manifestamente tronar, a la hora en que tu madre deshecha en llanto derrama sobre tu cuerpo (borrado). Ofrenda, libación y (borrado). Una vez hechas, canto estos versos a tu mayor gloria: «En mi infancia (borrado) que se le dé la palabra a Argos, que se le dé la palabra al roble de Zeus; pero Tú eres el único que yo he podido ver, con mis ojos, Tronar y (borrado) un sonido estridente. Y he grabado para ti este poema (borrado), tras haberte hablado y (borrado) de forma totalmente amistosa». En otra inscripción que lleva la misma firma dice haber oído a Memnón dos veces en compañía de su esposa Fulvia. Arius nos cuenta que ya se va en masa a oír al prodigio; Petronianus dedica el poema al dios esperando que éste le garantice una larga vida y Celer ve en el silencio del Coloso un mal agüero. «¡Ah! ¡El prodigio singular que contemplo aquí con mis ojos! Ha debido de ser, ahí dentro, uno de los dioses, señores de los campos del cielo, el que ha lanzado un grito y ha paralizado a todo el mundo. Porque un simple mortal no podría producir tales maravillas. De Arius, poeta homérico del Museo, tras haber oído a Memnón». «Con estos versos elegíacos, yo, Petroniano, te honro, haciéndole al dios

parlante un presente poético. De mi parte tengo el nombre de Aurelius, y soy nativo de Italia. Tú, ¡Oh rey!, concédeme en cambio una larga vida. Son muchos los que vienen aquí para saber si Memnón sigue teniendo una voz dentro del cuerpo que le queda. En cuanto a él, desprovisto de pecho y de cabeza, sentado, habla, y se queja a su madre del ultraje sufrido por Cambises. Y cuando los rayos del sol muestran su esplendor, anuncia el día a los mortales aquí presentes». En esta época y a entender de lo que las inscripciones ponen, la estatua ya no es un simple bloque de piedra rajada sino una divinidad con prestigio y poder. Ya sea hijo de la aurora como cree Funisulanus y Petronianus, o un dios distinto como se pregunta Arius, se trata de un ser divino. Si antes el coloso daba compasión, ahora da miedo. Pero la estatua es fundamentalmente reverenciada como un dios griego. A principios del reinado del emperador filohelénico Adriano, en el corazón de la Tebaida, en el lugar más prestigioso por sus ruinas y sus recuerdos, en la parada obligatoria de la ruta de Nubia, se creó un centro de peregrinación en torno a la divinidad griega.

Los epigramas escritos durante los meses que tuvo lugar el viaje de Adriano, en el año 130 d.C. significan la consagración del Coloso como dios. Cuatro van firmados por una mujer, la poeta Julia Balbilla. Parece ser que el primer encuentro entre Memnón y Adriano no fue muy afortunado, el héroe troyano guardó un inquietante silencio. El emperador tuvo la paciencia de esperar va-

rios días y, finalmente, sí escuchó varias veces su saludo. Balbilla y otros firmantes interpretan estos silencios como una especie de cambio de humor. Adriano y Memnón intercambiaron sus humanidades y divinidades. Si el romano temió en principio al Coloso, el Coloso se rindió tanto a los encantos de la emperatriz como a la autoridad de Adriano. Pero ¿era griego?, ¿era egipcio? A sabiendas de que eran estatuas que antecedian al templo funerario de un faraón egipcio, en los textos de esta época se juega con esa ambigüedad. Podríamos afirmar que es mitad uno y mitad otro. Julia Balbilla habla de Memnón el «egipcio» pero se remite al mito griego de Titán; mientras que Falernus se refiere a él como el hijo de la Aurora. Escribe la primera (sólo citaré dos de los cuatro textos), «Cuando el Augusto Adriano oyó a Memnón, «Memnón el egipcio», su voz salía, al calor de los rayos de sol, de la piedra tebana. Al divisar a Adriano, rey soberano, antes de que brillara el sol, lo saludó como pudo. Pero cuando Titán, lanzándose por los aires con sus cabellos blancos, mantenía en la sombra la segunda división de las horas, parecía como si alguien golpease un instrumento de cobre, y Memnón emitió de nuevo un grito agudo como saludo. Emitió incluso un sonido por tercera vez. Entonces el emperador Adriano se prodigó él también en saludos a Memnón y dejó en la piedra, para la posteridad, unos versos que describen todo lo que vio y oyó. «Así todos comprobaron que los dioses lo amaban». El segundo texto dice así: «Ya que el primer día no

oímos a Memnón. Ayer Memnón guardó silencio al recibir al esposo, para que volviera aquí la bella Sabina. Porque tú estás prendado de la amable belleza de nuestra reina. Pero a su llegada lanza un grito divino, por miedo a que el rey se irrite contra ti: en tu audacia, has retenido demasiado tiempo a su augusta y legítima esposa. Por eso Memnón, temiendo el poder del gran Adriano, profirió de repente un grito, que ella oyó, no sin dicha». Los dos textos restantes firmados por la poeta se refieren al acompañamiento que ella hizo con la reina ante el Coloso.

El texto de Falernus es uno de los más bellos e inteligentes de los ciento siete inscritos. «Yo, que soy un sofista: Memnón sabe hablar como un orador, y sabe callarse, porque conoce la fuerza del lenguaje y del silencio. De hecho, al ver a la Aurora, su madre, la del velo de azafrán, ha emitido un sonido más dulce que una palabra melodiosa. Estos versos escritos por Falernus, poeta y sofista, son dignos de las Musas y dignos de las Gracias».

Los textos posteriores a la visita de Adriano, pero aún durante su mandato, sólo destacan el nombre y cargo de quienes los mandan. Son altos funcionarios que prescindieron de poetas oficiales y se limitaron a dejar unas inscripciones muy breves e insípidas. La superficie disponible en el Coloso iba escaseando. Los textos posteriores al reinado de Adriano van del año 150 al 205. Hay varias firmas: la del centurión Marius Gemellus, el sofista-poeta Falernus, el poeta Statilius Maximus y el

poeta y procurador Asclepiodote. Da la sensación de que, entorno al Coloso, había una especie de justa poética. Los firmantes se preocupan, ante todo, por sacar de su experiencia con la estatua una lección moral a escala humana. Marius sólo recuerda el pasado prestigioso del rey de Oriente para extrañarse de verle exiliado y maltratado, «¿Pues cuál de entre los hijos del cielo te ha infligido tales ultrajes, sin razón, como si se hubiese tratado de quién sabe qué exiliado sin consideración? Emite un sonido, te lo suplico, y (borrado). Porque (borrado). Buena suerte a Marius Gemellus, centurión». En otro texto, el militar lo califica de «guardián de piedra» y dice haber sido acompañado a oírlo por su fiel esposa Rufilla y sus hijos. Asclepiodote, al evocar el recuerdo de Aquiles, subraya que la gloria militar es pasajera y se apaga. Un cierto escepticismo invade estos últimos textos. «De Asclepiodote, poeta, apoderado: Memnón vive, ¡Oh marina Thetis! Y has de saber que eleva su gran voz cuando la antorcha materna le calienta, al pie de la cadena líbica de Egipto, de la que Tebas, la de las hermosas puertas, está separada por el cauce del Nilo; mientras que tú Aquiles, antaño insaciable de combates, ahora no dices nada, ni en la llanura de Troya ni en la de Tesalia».

Con posterioridad al reinado de Adriano, los peregrinos dispusieron ya de muy poco espacio para escribir en las piernas. Como comentan André y Etienne, el ocho de mayo del año 150, Marius Gemellus, para poder grabar un epigrama un poco largo, tuvo que recurrir al pe-

destal (por el lado sur), que hasta entonces los viajeros habían desdeñado. Por tanto es bastante improbable que tras el gobierno de Adriano acudieran muchos viajeros, porque, de ser así, habrían hecho un mayor uso del zócalo de la estatua. La moda pasó con el tiempo y el arreglo de Septimio Severo la sumió en el olvido.

Entre todas las inscripciones encuentro una en donde se hace referencia a España. Dice así: «Yo, Sabinius Fuscus, prefecto de la primera cohorte montada española, he oído, el séptimo día de los idus de marzo, en el tercer año del reinado de Domiciano, Augusto Emperador, a la hora segunda, dos veces».

En *Memorias de Adriano*, Marguerite Yourcenar dedica varias páginas a la visita del emperador a Egipto y, especialmente, a Alejandría. Adriano va acompañado de la emperatriz y de Antinoo. En Pelusio se detiene ante la tumba de Pompeyo y la manda restaurar. «Nuestra llegada a Alejandría se cumplió discretamente. La entrada triunfal quedaba postergada hasta el arribo de la emperatriz». El emperador emprende una serie de viajes (al oasis de Amón donde Alejandro había sabido por el oráculo el secreto de su nacimiento divino) así como de cacerías de leones. En una de esas salidas Antinoo se suicida convulsionando la mente de Adriano. Pero en lo que se refiere a los Colosos, la narradora francesa cuenta de esta manera –siempre en traducción española de Julio Cortázar– el encuentro: «Pocos días después de nuestra llegada a Tebas, supe que la emperatriz y su séquito ha-

bían estado dos veces al pie del Coloso de Memnón, con la esperanza de escuchar el misterioso sonido que brotaba de la piedra, famoso fenómeno que todos los viajeros deseaban presenciar. El prodigio no se había producido, y la superstición llevaba a suponer que ocurriría estando yo presente. Acepté acompañar a las mujeres al día siguiente (...). El misterioso sonido se produjo tres veces y me recordó el de una cuerda de un arco al romperse. La inagotable Julia Balbila dio inmediatamente a luz varios poemas. Las mujeres se fueron a visitar los templos, y las acompañé un rato a lo largo de los muros acribillados de monótonos jeroglíficos. Me sentía abrumado por las colosales imágenes de reyes tan parecidos entre sí (...). Descansé un rato a la sombra del Coloso antes de volver a la barca. Sus piernas estaban cubiertas hasta las rodillas de inscripciones griegas trazadas por los viajeros: había nombres, fechas, una plegaria, un tal Servio Suavis, un tal Eumenes que había estado en ese mismo sitio seis siglos antes que yo, un cierto Panion que había visitado Tebas seis meses atrás. Un capricho nació en mí, que no había sentido desde los tiempos de niño cuando grababa mi nombre en la corteza de los castaños, en un dominio español: «el emperador que se negaba a hacer inscribir sus nombres y sus títulos en los monumentos que había erigido, desenvainó su daga y rasguñó en la dura piedra algunas letras griegas, una forma abreviada y familiar de su nombre». En este pasaje se habla de un tal poeta Pancratés y se menciona otra vez más a la poetisa

Julia Balbila que «escribía versos griegos bastante agradables».

La estatua del Coloso no tuvo siempre el mismo tipo de clientela. Los nombres que aparecen corresponden a militares, altos cargos, prefectos de Egipto, funcionarios y poetas como Peon de Sidé, Pardalas de Sardes, Arius, Falernus, Asclepiodote, Aurelius Petronianus, Funisulanus, Celer, Balbianus, Catulus o Statilius Maximus. También surgen otros nombres de mujeres poetas: Julia Balbilla, Cecilia Trebulla o una tal Dyonysia. Nada me agradaría más que mi nombre pasara a formar parte de esta lista y que la eternidad, como le sucede a todos ellos, la lograra por algunos escasos versos como los aquí inscritos. Hago la prueba: «Yo, César Antonio Molina, peregrino en el otoño del año 2008, no escuché el retumbar de Memnón, pues las heridas que le infringió el pelida fueron menores que las de los hombres y el tiempo. ¡Con cuanta insistencia eres mutilado! Sólo el silencio expresa lo indecible. Cada cual su Parca. Todo cuanto pienso está ya en tu memoria».

También los lugares mueren, aunque parezcan sobrevivirnos. Mueren con cada uno de nosotros. Así nos vamos perdiendo, ¿adónde tendremos que ir? A parte alguna, donde está la casa del inventor de sí mismo.

SENZA FINE

Orillas del Tiber siempre revueltas y tan confusas como los pensamientos de quienes las contemplamos. Puente Garibaldi sin valor artístico, ancho, rudo, ruidoso, repleto de coches que van hacia el Trastevere o regresan de él. En medio de este paso me planto frente a la proa de la Isola Tiberina. Para llegar a ella es inevitable tomar una decisión. O ir por la Anguillara del lado del Trastevere, o por el Lungotevere dei Cenci. Opto por este último camino bordeando el antiguo barrio judío con la gran sinagoga cuya alta y esbelta cúpula se divisa desde cualquier punto de Roma. Los judíos habitaron esta urbe desde tiempo inmemorial y, en el siglo XVI, recibieron a muchos cientos de sefardíes. Si diera unos pasos más allá me encaminaría hacia el Aventino (en la antigua capital del mundo era una colina popular y conflictiva, mientras que en la actualidad es una de las colonias residenciales y de culto católico más bellas y selectas), pero luego de un modo imprevisto al lugar donde, desde la antigüedad, se curaba a la gente. Los romanos se trajeron al dios y médico griego metamorfoseado en una serpiente. El eligió residir aquí hasta nuestros días, es decir, hasta la misma eternidad. Donde estuvo el antiguo Asclepeion se encuentra, desde hace más de un milenio, la iglesia de San Bartolomeo, en la popa; mientras que en la proa funciona aún el Ospedale dei Fatèbénéfratelli. Los romanos le dieron a la isla el aspecto de una nave en re-

cuerdo del viaje que el dios sanador llevó a cabo desde su originaria patria griega de Epidauro. El obelisco que se levantó en la antigüedad tardía, erigido en la cara oeste, en dirección a la llegada de los barcos, atestigua que la isla en forma de barco era considerada un barco solar. El obelisco equivalía al palo mayor.

La llegada de Asclepio u Esculapio, fue uno de los grandes acontecimientos históricos que vivió la ciudad eterna. Por aquellos años del 295 al 293 antes de Cristo, la región estaba asolada por la peste. Cuando las autoridades consultaron a su propio oráculo de Apolo (encargado de las sanaciones), los libros sibilinos respondieron que era necesaria en la ciudad la presencia del dios Asclepio de Epidauro. En el año 291, bajo el mando de Ogulmio, se envió una expedición de diez hombres a Grecia para trasladar al dios benefactor. Cuando la delegación llegó a Epidauro y transmitió esa petición, los habitantes y sus representados se negaron a que el dios se trasladase a una nueva sede. Pero para evitar conflictos y también halagados decidieron que en Roma se estableciese un culto delegado. A los enviados entonces se les entregó el símbolo del dios, la serpiente sagrada. En un bosque sagrado al norte de Grecia se criaban serpientes para honrar a Apolo. La raza de serpiente sagrada de Asclepio, conocida como *coluber longissimas*, era una serpiente de árbol que en el sur alcanzaba una longitud de hasta dos metros. La serpiente sobre el árbol solar, la palmera, impresionaba a los griegos y asombró a los roma-

nos. Al llegar a Antium la dispusieron de igual modo en el santuario que ya Apolo compartía con Asclepio. Después de unos días de descanso, tras el largo viaje, reemprendieron la marcha por el Tíber hasta que él mismo (el propio ofidio) eligió su residencia en la Isola Tiberina.

La isla, según la tradición romana, se había formado junto a los campos de Marte con un material muy especial, el grano de cereal vertido al río durante años. El vínculo entre Ceres y Marte establecía el contacto con la muerte y el inframundo. No en vano el Campus Martius era también un camposanto. Después de haberse creado, la isla se consagró a Fauno, una divinidad lobuna de la Italia antigua, el Pan griego, la naturaleza en toda su expresión salvaje. La isla no era el más saludable de los lugares de Roma, pero sí tenía un halo mágico y en ella se habían producido curaciones anteriormente.

En el libro XV de las *Metamorfosis* de Ovidio, titulado «Aesculapius», el poeta nos narra su historia y visión de aquel suceso. Lo hace unos tres siglos después de haberse llevado a cabo, «por qué la isla que bañan las aguas del profundo Tíber añadió/a los cultos de la ciudad de Rómulo el del hijo de Coronis». Ovidio no le quita protagonismo al viejo Apolo para dárselo a la otra joven divinidad. La idea de la curación había partido de él. Por lo tanto el poeta, de alguna manera, discrepa de la leyenda o de la verdad histórica referente a que fueron los libros sibilinos quienes idearon esta alternativa para salvar a la ciudad de uno de los momentos más complica-

dos de su historia. Hubo –según Ovidio– una primera misión de senadores que se trasladaron a Delfos para preguntarle al oráculo de Febo qué debían hacer. El les contestó: «Lo que aquí buscas, romano, debiste buscarlo en lugar/más cercano; búscalo ahora en lugar más cercano; no es Apolo/quien os hace falta para mitigar vuestras penas, sino el hijo/de Apolo. Id con buenos auspicios y llamada a mi vástago». Enterados de quién era y dónde estaba, enviaron legados por mar rumbo a las playas de Epidauro. Ovidio omite las disputas entre los anfitriones y los autoinvitados y deja que sea el propio dios quien resuelva el asunto. Se les aparece en sueños a los romanos y les anuncia que irá metamorfoseado en la serpiente que con sus anillos se enrosca a su bastón. «Iré y dejaré mis imágenes». Todos están de acuerdo y se disponen para que la serpiente parta con sus nuevos poseedores. La nave, adornada de guirnaldas, parte empujada por una ligera brisa. El poeta nos hace una descripción de los lugares del recorrido. Una vez abandonaron el mar Jónico y tomaron rumbo a la costa italiana, «Doblega luego Capri y el promontorio de Minerva,/y las colinas de Sorrento, generosa en viñedos,/y la ciudad de Hércules, y Estabias, y Parténope, creada/para el ocio, y, tras ella, el templo de la Sibila de Cumas...». Finalmente arriban a la «arenosa playa de Ancio». El dios busca para alojarse «templa parentis», el templo de su padre Apolo. Ovidio, a diferencia de otros escritores como Valerius Maximus, sólo habla de un templo dedicado a Apolo y no com-

partido por éste y su joven hijo. Un gran gentío fue a recibirlos a la embocadura del Tíber donde «el río se divide en dos ramas circundando un paraje / (isla es su nombre), y por cada una de las dos orillas / extiende dos brazos iguales, quedando en medio la tierra; / allí se dirigió, desembarcando del bajel latino, el reptil / hijo de Febo, y recobrando su figura divina puso fin / a la mortandad, y su llegada trajo de nuevo la salud a Roma» (utilizo la magnífica versión de Antonio Ramírez de Verger).

El Asclepion estaba sobre un manantial, de la misma manera que en Epidauro fluía una fuente bajo la imagen del culto. El agua era un elemento fundamental en la escenografía de estos primeros centros de salud, como aún hoy lo es en muchos lugares milagrosos de la geografía de las varias religiones universales. Los griegos construían, según los cronistas, los santuarios de Asclepio en sitios especialmente saludables y ricos en manantiales. Visito la iglesia de San Bartolomeo con su fachada barroca y su campanario románico del siglo XII, soportada como casi todas las iglesias romanas con las columnas desmontadas de los antiguos templos, y compruebo y toco una vez más la boca de aquel manantial en medio de los peldaños que conducen al presbiterio. Ahora está seco pero revestido con un magnífico brocal realizado en las mismas fechas que la torre. El pozo tiene unos doce metros de profundidad y aprovecharon una de estas antiguas columnas para llevar a cabo su revestimiento. Está decorado con relieves de santos. ¿Una columna del antiguo

Asclepeion? ¿Qué pensarán los enfermos del hospital sobre el lugar donde están ingresados? Probablemente la mayor parte de los mismos desconocerán su larga y aristocrática estirpe pues bastante tendrán ya con salir de sus dolencias.

Durante los tiempos del emperador Claudio los esclavos enfermos, deportados a la isla, debían ser liberados tras su curación. La divinidad que sanaba era Asclepio pero la que liberaba era Vediovis que, habitualmente, se ocupaba del derecho de asilo y de la protección de los esclavos. La relación entre curación y liberación da fe de un único recinto de poder sagrado que era común para ambos dioses.

Para llegar a la isla, por este lado del Lungotevere Cenci, tengo que atravesar el Puente Fabricio o de los Quattro Capi, denominado así por los Hermes cuadrifrontes que aún permanecen en uno de sus extremos. Hermes, entre otras muchas labores, tenía el encargo del traslado de las almas. Es el único puente de la ciudad que ha sobrevivido a lo largo de los siglos tal cual lo construyó el cónsul Fabricio en el año 62 antes de Cristo. Para salir de la isla hacia el barrio del Trastevere lo hago inevitablemente por el Puente Cestio cuyo origen no es menos antiguo que el anterior, siglo I antes de Cristo. Sin embargo el Puente Cestio tuvo que ser reconstruido parcialmente en el siglo XIX. Avanzando por él, diviso a la derecha el montículo del Gianicolo y, a la izquierda, el campanario de Santa María in Cosmedin. Desde esta

orilla voy comprobando los restos de muro travertino que aún sugiere la forma de la nave y se percibe una parte del relieve de Asclepio, el Esculapio de los romanos, con la serpiente enroscada alrededor del bastón. También percibo las ruinas de otro puente, el Puente Rotto que se remonta al Puente Emilio del siglo II antes de Cristo. El papa Gregorio XIII mandó reconstruirlo en el año 1575, pero pocos años después volvió a desplomarse y ya nadie apostó por él. Como vestigio de su existencia sólo queda un arco. La naturaleza también sufre y comparte los dolores humanos. Allí está el puente enfermo, herido de muerte y, sin embargo, resistiendo a dejarse desaparecer. Pero además del Puente Garibaldi en la proa y en la popa el Puente Rotto y el Puente del Palatino que va a dar al Templo de la Fortuna Viril y los otros dos puentes Cestio y Fabricio, aquí se levantó el primer puente sobre el Tíber, el Puente Sublicio. Estaba cerca del Rotto y facilitaba la comunicación y el intercambio entre los latinos del Palatino y los etruscos de la margen derecha. Cada año, el 14 de mayo, se ofrendaban al río para aplacarlo muñecos de mimbre con la forma humana. El puente era de madera y no se podía utilizar ningún otro material para repararlo. Si surgían conflictos entre ambas comunidades, el puente se desmontaba para cortar la comunicación. Eso fue lo que aconteció cuando los romanos expulsaron al último rey etrusco, Tarquinio el Soberbio, en el siglo VI antes de Cristo. Ese día, cuenta Tito Livio en el «Libro II» de su *Historia de*

Roma desde su fundación (utilizo la versión de J. A. Villar Vidal), los etruscos se dirigieron hacia Roma con Porsenna al frente en son de guerra. Ese día estaba de guardia en el puente Horacio Cocles. El se quedó para defenderlo acompañado de otros soldados mientras había dado orden de que se destruyera. Al derrumbarse el puente Horacio se tiró al río y le gritó al Padre Tíber «te ruego, venerable, que acojas a estas armas y a este guerrero en tus aguas propicias» Nadó hacia la orilla de los suyos y se salvó liberando también a la ciudad que le mostró generosamente su agradecimiento. El rey Anco Marcio había incorporado a la ciudadanía romana a muchos miles de latinos, a los que asignó residencia junto al templo de Murcia (en el Valle entre el Palatino y el Aventino), a fin de unir estos dos barrios vecinos. También el Janículo fue unido a Roma «no por falta de espacio, sino para evitar que aquella posición tan ventajosa fuese alguna vez del enemigo. Se estimó conveniente protegerlo con una muralla y, además, conectarlo a la ciudad con un puente de madera, el primero que se tendía sobre el Tíber, para facilitar el acceso» (Tito Livio, «Libro I»).

La iglesia y el hospital son aún la demostración viva de cómo los cultos antiguos no han muerto y permanecen ocultos o escondidos en otros nuevos. Hace años, cuando era joven, estuve en Epidauro y toqué los cimientos del Tolo al descubierto. Aún no he ido a las islas de Cnidos y Cos donde ya ejercían los descendientes de Hipócrates. En una famosa sentencia el propio Apo-

lo confesó que «quien hiere también cura». Asclepio curaba a través del dormir y los sueños. Ir al encuentro de lo divino en el proceso hacia la curación. Este era el sentido de la visita al santuario de Epidauro. El enfermo se separaba de los suyos para relacionarse con lo divino. La *incubatio* era el sueño curativo. En Epidauro había un gran dormitorio en una de las estancias del templo. Cientos de tablillas votivas —como nuestros exvotos—, así como listas con los nombres de los sanados colgaban de las paredes. Las curaciones en Epidauro eran tan enigmáticas como las de cualquier otro lugar, pues lo enigmático es la curación en sí misma. Las parturientas eran excluidas de las zonas sagradas pues el estar embarazadas no se consideraba una enfermedad. Tampoco se permitía la entrada a los moribundos. Tiempo después en Epidauro se construyó un espacio alejado del templo para ambos colectivos. Sócrates era hijo de una comadrona. Las comadronas, por lo general, eran mujeres estériles. ¿Sócrates escritor estéril? La sabiduría en la consecución de la esterilidad. Sócrates partero de hombres y almas. Autotanatografía. Asclepio había nacido violentamente del vientre de su madre. Todos aquellos que nacían de forma violenta, con una cesárea, eran sagrados para Apolo. ¿Por qué las últimas y extrañas palabras de Sócrates antes de morir? «¡Oh Critón, debemos a Asclepio un gallo, llevádselo, no lo olvidéis!». Asclepio no ayudaba a nacer. ¿Le regaló esta ofrenda por no haberlo traído al mundo? Mejor los no natos ¡Qué espacio! O quizá se lo

ofreció porque habiendo podido encomendarse al dios para sanarse no lo hizo pues sabía que su condena no tenía curación. O quizá quería decirnos que la verdadera luz llega con la muerte y ésta es la definitiva curación, la verdadera resurrección. También Asclepio había muerto y resucitado, como luego lo hará Jesucristo. Asclepio no estaba solo, Epione era la mujer del dios e Higia su hija.

¿Cuál es más dura, la enfermedad física o la del alma? Asclepio se dedicaba fundamentalmente a la primera. En la *Iliada*, nos recuerda Kerényi, Macaón curaba las heridas de los combatientes –había otros médicos–, mientras su hermano Podalirio se dedicaba a las enfermedades invisibles, las del alma. Sólo eran curables las heridas del hombre, las heridas físicas, pero no el hombre mismo. Médicos y combatientes al final desaparecieron todos bajo las murallas de Troya o bajo la larga sombra que cubrió también a los vencedores durante el resto de sus días. En el canto V y XI de la *Iliada* se nos recuerda que también los dioses eran heridos y sufrían.

Caminando por estos lugares veo que se está preparando una competición de canoas. En un quiosco compro el periódico *La Repubblica* que también sigo cada día en Madrid. Pasando rápidamente sus amplias hojas, leo una información sobre la escasez de médicos y enfermeros. Entonces pienso que nunca se dedicaría un reportaje a la falta de poetas y su inútil pensar. Sin embargo, Kerényi, me recuerda que «el médico griego disponía de la ayuda de sus poetas, ayuda orientada al conocimiento

de sí mismo» ¿Implicará esa necesidad de médicos la de poetas? ¿Los poetas médicos del espíritu? Reemprendo mi marcha hacia cualquier lugar sin devolverles la mirada a quienes me observan desde las ventanas sanadoras. A Asclepio muchas veces lo representaban como a un joven caminante. Andar es también sanar. La vida es muy corta, pero largo el tiempo que pasaremos bajo las tierras cultivadas por el Tíber o cualquier otro río. Caminemos, caminemos mientras podamos. Senza fine.

SELECCIÓN DE POEMAS

RETRATO CON NATURALEZA MUERTA

Mi cuerpo picoteado sobre una charca de lapas.

Mis palabras convertidas en mentiras.

Mi cuerpo varado sobre un nido de gaviotas.

Mi boca, tan pequeña, apenas besada,
sobre una charca de lapas.

Mis palabras convertidas en mentiras.

Mis dedos corroídos por larvas marinas,
dislocados por las olas.

Mi cabeza, aún rubia, como una montaña brillante,
sobre una charca de lapas.

Cubierto de arena el bronce,

la mansión marina en donde elegiste residir
entre la linfa y la espuma.

Soy un hombre. Un hombre herido.

La cura está en todos los lugares,
y sin embargo –mi cura– es la herida.

(de *¿Dónde termina el viaje?*)

SUBIDA AL VESUBIO

El siroco rasgaba los cables. Amedrentaba al buscador de jaspe y ágata bajado de las laderas del volcán con las manos temblorosas como si trajese entre su cesto estelas de jade para vender en una tienda de cristal. El hombre necesita probar su vida, exponerla con la raspilladora o el hacha. Sudar entre las cenizas un aire sulfuroso, hasta cortar una piedra azul o verde y levantarla en la mano entre los cuatro dedos, como si el quinto hubiese sido desgarrado por uno de los cocodrilos lanceados por niños negros. Alguien piensa en la altura, desde el vacío, si sería capaz de arrojarse. La arena está caliente. Una sauna en donde se rasca la piel con piedra pómez. Desde este precipicio se ve la isla de las cabras cubierta de pinos de copa, la lluvia a bordo de los transbordadores, las terrazas repletas de turistas, las clases submarinas de pesca y arqueología. El mar de añil, tan denso como bloques de mármol, ha dejado perderse entre sus grutas a una lancha alquilada con argollas deslazadas y ganchos bronceados. La ciudad de verano se sumergió entre algas y medusas. Cámbaros trajeron los cuerpos de las muchachas dormidas por el jugo de las ortigas clavadas en las sienas de los pies. Se ahogaron desnudos en las piscinas misteriosas de las villas. Al fin perseguido por toda la tierra firme, se refugia en lo alto, entre las ruinas, para escribir poemas mitológicos y leyendas que envía, casi diariamente, en el buque cisterna. Recibe y extiende grandes recetas que jamás nadie ha llegado nunca a descifrar. Este mar no huele, apenas se tambalea. Por entre las calles agitadas, un marinero busca a una mujer que hace tatuajes. Es la misma que les hizo a tantos otros que ahora atraviesan diversos meridianos. Una muesca más con el nombre del nuevo puerto. Llameante el brazo, se arrojará un poco de agua

fresca. De este humo nacerá la nube, como si el osario de un profeta guardado entre las olas de mercurio se levantase para predecirnos que la tarde ha venido para irse al país de nunca jamás.

(de ¿Dónde termina el viaje?)

III

Yo era un ancla en tu vientre, una
nasa en tu pecho, una tortuga atrapada
en tu pelo, un búho atento al estruendo
del mar, a la ola en el océano, al viento
moviendo el rocío. Yo era una piragua monóxila
hundida en un petroglifo. Yo era un
gallo enterrado en la arena, hipnotizado
por la raya siempre horizontal a mi
cresta, a mi sangre cuajada, a veces, en
la inscripción helada de una muralla desplegada
como un pájaro que ya no puede
volar a los nidos de nuestras casas vaciadas
por las nupcias ceñidas a las siluetas
de unas débiles sombras.

Yo era un cuervo,
en la honda una piedra, en la montaña un
eco, en el bosque una brisa afilada desplomando
las ramas: confundiendo, perdiendo,
olvidando, borrando, apartando el linde entre
la sombra breve bajo un pino y la resina
estallada, apagada en los altares contruidos
por las lluvias desnudas ante los espejos
cálidos de los doseles, jergones vacíos
en la soledad y el silencio de las hogueras
ardiendo por los baños y las piscinas cubiertas
de desagües y el recuerdo olvidado

de los ahogados, a pesar de los fuegos.

Nos

condenábamos al ocio, al espectáculo de negar las cosas tal como las habíamos conocido, nombrado, amado en la última luz. Y no existíamos más que a través de nosotros. Y no penetrábamos en ellas. Y no nos reconocíamos más que al borde de algunas canciones que habíamos hecho aprender a los niños mientras prendían fuego a las mechas, a nosotros mismos convertidos en una explosión. Nos condenábamos al ocio, al espectáculo de pasar ocultos, escondidos entre una siesta de inscripciones indescifrables, adelgazándonos para mejor abrazarnos bajo las velas de alguna losa hueca que lanzaba gritos desesperados sobre los castillos de fuego.

Nos condenábamos al ocio de construir extrañas trampas, de juntar –por ejemplo– las huellas de nuestros pasos, cuando los sedimentos aún no estaban consolidados y resbalábamos por las pistas de reptación arrastrándonos sobre el fango o la arena confundida en nuestras espaldas. Reproducíamos falsos moldes, falsas huellas, contrahuellas, como si fuese lo único conservado después de haber perdido el relleno del hueco donde estaba el molde. Otras veces nos acercábamos a robar los huevos de las aves, o sus excrementos, o sus propias

naves de habitación excavadas en los sedimentos
de las rocas por cientos de gusanos, por
moluscos litófagos que nos abrían los caminos
de nuestras trampas donde nos enredábamos,
contorsionábamos, concebíamos falsas luchas
en las que yo era una nasa, un ancla, una
tortuga, un búho, un gallo, un cuervo, luchando
en un bajorrelieve azulado por tu propio
engaño.

(de *Últimas horas en Lisca Blanca*)

EL ESPEJO es el alma gemela de la estancia,
todo allí reverbera en cómplice himeneo.
Silencioso lagarto bebe la sombra solar.
En su marco dorado sufre por la inactiva existencia
mientras el último reflejo sigue en él su caída
como voluble fuego de nómadas.
Respiramos muchas alcobas pero ninguna de ellas tenía
este buen olor a sábanas frías, a suelos de estalladas vidrieras.
¡Oh, la lengua lamiendo las grietas que no tienen respuesta!
Y por la cicatriz del esguince nocturno
la jaula marina se camufla con un rumor de conchas
pulverizadas. Los grandes oleajes riegan las cenizas
con el agua recogida de orvallos. Ya no sé quiénes somos.
Por los meandros de la noche discurren en punto muerto
los motores. Los faros de niebla resbalan por el cuero húmedo.
La esquiva forma en el retrovisor, en el parabrisas
pone ese vaho que nos recuerda la inmensidad de las sombras.
Una pequeña corriente serpenteaba los brezos
y el humo de poniente traía a nuestro corazón el peso
del olor a turba quemada.
En el sombrío cielo de arañas las rezagadas hélices
buscaban posada segura en el deshelado hangar del álbum.
El quinqué quedó encendido en la buhardilla.
¿Dónde caían los dormidos bultos lacrados?
Allí estabas con un cincel y una llave maestra
desenterrando el escondido tesoro bajo la tierra de moros,
en los castros, en las mámoas, en las ruinas oxidadas por gaviotas,
en las raíces cercanas al nacimiento de los ríos.

La casa era botada a la noche, la *ti-ar-korrigan*
con los mascarones de piedra escrita
y las páginas del libro apócrifo transparentadas
por la inquieta luz de las lámparas de gala.
El *secrétaire* en qué rumor de hoteles se hacía añicos,
archipiélago acodado en los palcos batidos por alas de amianto.
Las voces que escuchábamos ya no venían de las conchas
sino de los teléfonos descolgados en las gasolineras vacías
que anunciaban los puertos cerrados camino del campo estrellado.
Cetarias llenas de pulpos enrosándose en la vorágine
y para su selección el gancho recorría una existencia incierta.
Qué frágil era la silueta del buzo en el agua
con todo su caparazón de talón de Aquiles.
La terraza dominaba la quietud de un océano enredado de medusas
donde el ancla daba la hora contra las espinas de cal.
En la alcoba, algas y cabellos, los dedos zozobrando
en el teclado eléctrico de los remites. De qué curvas huíamos
contra tanto fulgor de ocaso y crepúsculo
mientras el último reflejo seguía en el marco dorado su caída
como emasculado músculo sobre la tela de araña
que hay en el interior de todos los espejos.

(de *La estancia saqueada*)

VIEJA CIMA

*El estupor los trenes de la víspera recogiendo
los ojos dispersos en las praderas
cuando el tren vuela y el silencio no
puede seguir al tren que tiembla.*

CÉSAR MORO

Tumbas dejadas junto a los raíles como dunas incipientes
cuando rompe aguas el día del nacimiento
y el Urubamba hace olas sobre los montes como un mar.
Varada entre los conos níveos, en círculos de jade
está tendida la ciudad
irradiando rayos de luz como un pecho armado
contra mi pecho armado.
Y el río torrencial y juvenil que serpentea raudo
va engastando, aserrando su piedra con mi hueso.
¡Mi ciudad! ¡Mi omphalos! ¡Mi cusco!
¡Oh figura esbelta presentida por entre la ceja de selva!
¿El vagar de la huida terminó?
Lloro pegado a tu almohada y mi croque
nos confunde en la fraternidad de la piedra.
Te doy su nombre que nadie sabe, sino aquel que lo recibe.
Te ascendieron al cielo, al mar de nubes, al alba
tan fresca y húmeda como las orquídeas acostadas a mi lado.
Te ascendieron hasta aquellos pájaros que vuelan y se posan,
y vuelan cuando tú te levantas para ellos.
Vieja Cima con su pico corvo,
el collar blanco en el cuello

y el cuerpo desplegado.

Mesa,

altar.

Una víbora crece bajo la corteza de las piedras.

Silba, sopla dentro de ti

sonidos huecos,

al fin sólo desengaños.

No la flauta del dios del bosque griego,

sino la quena en medio de la puna fría

fingiendo

soplo del alma convertido en viento

soplo del viento convertido en alma.

Sobre el inocente, fugitivo río,

puentes metálicos de la línea férrea.

Salta el pez volador al bronceo cuchillo de Yale.

Y sólo hay hiel en la noche de tu fondo

desvelado por la piedra sin labrar, por el capitel,

por las ruinas desintegradas como migajas del pasado.

Allí arriba

nada es más que una talla de polvo,

una falsa ciudad con falsos mapas,

una ciudad del aire

con falsa escala.

Ella va amontonando pisos, terrazas, cuencas, adobes,

sendas perdidas, labios pulidos que, delicadamente, mordisquea.

Yace y danza y se incorpora ante el arca en llamas,

y cae mi cabeza y rueda por el precipicio de los sueños de ausencia.

No vengo a desatar tus cabellos de líquenes,
musgos, hongos, lianas.
Desierta, fortificada, inútil extranjera
hostil ya sólo al tiempo, al puente de las lanzas
por donde ahora huimos todos juntos
y tú quedas abandonada, enhiesta
en un rayo de luz puro y misterioso.
Inmortal para siempre, celeste, pero siempre cautiva,
sin vivir, sin morir.
Luché contra la selva toda la noche,
contra los ríos
desde el Escamandro hasta el Urubamba,
contra tu camino empedrado
desde la Via Appia hasta la Senda del Inca,
contra tus lagunas de aguas calientes
y rencorosas pesadillas minerales,
para alcanzar el dorso de tu espolón,
para llegar a tu rostro pétreo,
al extraño orden geométrico de todo
y en tus ángulos, en tu umbral de doble jamba
leer que nada espere,
que no aguarde misterio sino naufragio.

Y tú estás arriba
como dolmen,
estela,
lápida,
friso,

sobre mi huida, sobre mi ascensión,
sobre mi vida.
Y mi cuerpo frío en la luz de la aurora
vagamente pasea por una senda de Minos empedrada por todas
las piedras.
Y al caer de la tarde un bronce ronco
se mezcla al crujir de los huesos.
Llovía a la hora que lo contemplé
una lluvia lejana, salada.
Y tú estabas arriba
como una ínsula,
como una sombra abrazada a otra sombra.
Y nuestras riberas desamparadas allí donde se amarraba el Sol.

No ir más a ti,
e ir
furiosamente a besar tu cráneo rapado.
Y no ir más al bosque,
a la selva talada
por ti
para que brillaras al Sol en trozos de Arco Iris.

No ir más a ti
e ir.

Cortaron la fronda,
segaron la hierba y el bosque por los suelos cayó.
Piedra cruel,
perla diáfana que pende

como gota de leche o nieve pura.
Junto a mi cuna estás sentada,
piedra abalada
dura concha venera.
Y es entonces cuando el lecho se llena
de tenues blondas.
No ir más a ti,
e ir
por el camino más largo
con su precipicio, con su océano,
con su mar movido.
Ancla cruel.
¿De dónde?
¿Por dónde la barca de piedra?
Y un día eterno
cara a cara
nuestras dos alas en dos puntos unidas y encendidas.

No ir más a ti,
e ir.

En Puente Ruinas nada tenían mis manos,
mis ojos caían sobre ellas como un aluvión.
Ninguna memoria dejé.
En el libro de los muertos apenas una firma (8/6/1984),
el guarda del museo pasó la hoja y siguió durmiendo
apoyado en las escaleras.
También yo me dormía en un viejo sofá
y el óbolo último di antes de que al abrir mis manos nada cayera.

¿Para qué huir?

Para llegar a la sala de espera de esta estación multicolor, de
este mercadillo improvisado para turistas,
al tránsito heroico y sin fin de una noche en la otra,
de un vagón en otro luchando por un sitio en el tren local de las
cholas.

¿Para qué huir?

De una noche a la otra
por los días sin nadie de un Cusco olvidadizo
de una Coruña en la que ya no encontraré mi calle
reedificando a tientas países, paisajes, casas suplantadas.

¿Para qué huir?

Si puedo subir hacia ti Vieja Cima,
Machu Picchu,
piedra de las piedras,
Delfos,
Pico Sacro,
aquí o allá,
donde arrojar esos huesos que no son sino piedras.

(de *Derivas*)

SIRACUSA

Ésta es la ciudad de mi infancia.

Un largo brazo de tierra espoleando el mar.
En el fantasmal casco del Gran Hotel,
varado frente a la dársena y la antigua aduana,
todas las contraventanas cerradas
como las cuadernas del último trasatlántico abandonado.
Allí duermes tranquila,
misteriosa y desconfiada extranjera.
Te abandonas con la palidez sedosa y diáfana
de las flores que tú misma tronchaste en las latomías
y que ahora yacen perdidas entre las hojas de un viejo libro.

Ésta es la ciudad de mi infancia.

La Puerta marina y un balcón a cielo abierto
y tantos balcones de hierro forjado construidos sobre el vacío,
sobre el invisible tapiz del silencio
que solamente rompe el martilleo de la draga.
Y aquí me encuentro entre quienes dudan:
Aquellas figuras echadas en la balaustrada
que contemplan el horizonte con la mirada perdida.
Los pescadores tardíos que no esperan más que matar la tarde.
Los clientes sentados en las terrazas
del café Diana, del Central o del Duomo,
sin consumir nada.
O en las barberías donde la cuchilla se desliza

tan lenta por entre la vieja piel del mundo.
O en las librerías, esos templos del vagar,
de mostradores de madera,
en donde los empleados saben de la paciencia
de vender sabiduría.
¿Quién no puede dudar ante los gustos multicolores de las tiendas
de helados?
Y sin embargo atravieso el largo de Aretusa,
traspasando el jardín umbrío,
y me encuentro con el otro hotel,
el Des Étrangers,
con toda la luz del día hiriendo su abandono,
reverberando en la Fuente,
y la Via delle Sirene,
la zona militar fuertemente protegida
con el antiguo castillo español secuestrado
(el Águila imperial de dos cabezas sin un ala, las columnas de
Hércules, el Plus Ultra).
Y voy más allá bordeando la iglesia del Espíritu Santo,
la Via Eolo,
la Via Niza,
el Belvedere de San Giacomo.
¿Por qué me encuentro siempre caminando entre quienes dudan?
Y alguien me elige para preguntarme una dirección,
a mí, que estoy perdido bajo la húmeda lluvia marina.
La ropa tendida se bate contra las pinzas.
De uno de esos balcones vuela una pieza blanca
como si fuera un último suspiro
arrebataado por el aparato eléctrico de la tormenta de verano.

Ésta es la ciudad de mi infancia.

Un gran Arco Iris trepanándola a la hora de la siesta.
Y parece que siempre vuelvo a la misma encrucijada
bajo la casa de los grandes mascarones
que me observan con benevolencia
en la Via de la Maestranza.
Y al Duomo sostenido por columnatas griegas.
¿Cuántas veces me preguntaron por una dirección
que no supe dar?
Y ya es de madrugada
y todo lo llena la luz lunar.
Y de repente pierdo el sentido de la orientación.

Ésta es la ciudad de mi infancia.

Entro en una tienda de souvenirs
y el ilustrador de papiros me mira con indiferencia,
sabe que no voy a comprar
pues soy aquel mismo que preguntó
tantas veces por lo mismo.

Ésta es la ciudad de mi infancia.

Grandes buques de carga atracados con las luces encendidas.
Los yates en fila luciendo sus nombres y destinos.
La pequeña comandancia de marina cercada por una tela metálica.
Los quioscos de bebidas ofreciendo el *latte di amendole*

al comefuegos.

Y las campanas y la draga llamando a oración.

¿Por qué aquí el agua es tan plana?

Sólo la marea sube y baja en mi corazón.

Ésta es la ciudad de mi infancia.

No sé cuánto tiempo pasó antes de regresar al Gran Hotel.

Otras voces lo habían ya llenado.

Al girar la llave varias veces

vi todos los camarotes cerrados,

un corredor inmenso sin luz

y la alfombra roja como un largo tapiz de sombras desdibujadas.

Entré en la casa desierta de la infancia.

Tu cuerpo era un témpano de mármol

invadido por un perfume de santidad.

En tu mano todavía latía el pulso

como en el corazón de un pájaro cautivo.

He aquí el momento de zarpar

cuando todos los paisajes de la memoria

mueren en los horizontes extinguidos.

En el vértigo de la alta mar

miré con miedo tus ojos y tuve sueño.

(de *Derivas*)

LA CORUÑA

Construyeron tan altos edificios
que desde ningún punto
se ve ya el faro de mi infancia.
Hoy la luz se estrella
contra los grandes bloques de cemento
y no hay más verdad que la de esas
omnipotentes vallas que cubren las fachadas.
Perdí los cines, los cafés, los trasatlánticos
inmensos como rascacielos por encima de las aduanas.
Perdí mi eucaliptus, mis plátanos queridos.
¡Todos talados! ¡Talados! ¡Todos talados!
Su recta hilera que me protegía con su tacto
en la Puerta de Aires.
¡Oh! si al menos supiera lo que hicieron con sus ramas.
Diez o doce, o apenas menos golpes de hacha
van aniquilando los lugares de mi memoria.
¿Dónde estoy?
Y ahora despierto y sólo siento el manto de la niebla,
y la luz que no llega
para iluminar mi espíritu perdido por sus calles.
Mientras, a lo lejos, suena la draga como un yunque
arrancando un sanguinolento mordisco de amargura.

(de *El fin de Finisterre*)

TORRE DE HÉRCULES

En la noche siega la hierba de oro.

Siluetas perdidas viven de su vida,
como yo,
y las estrellas fugaces
que van cual surco abierto
en la espuma del mar tras de los buques.
Se diría que su ojo, al que ilumina la esperanza,
también brilla eterno en la otra orilla.

(de El fin de Finisterre)

LA LUZ DEL FARERO (SISARGAS)

Desde la torre veletas de bronce dorado.
La campana sonando en la proa.
La vela que se curva en la curva del corazón.
Y el corazón en la flecha del haz de luz.
Aves errantes se estrellan contra la linterna.
La férrea escalera de caracol sube y baja sin fin
como un condenado al que pasan por la quilla.
Blancas son las paredes y las maderas de caoba,
libros y periódicos encima de las órdenes,
las páginas saqueadas sin leer.
Leve ruido de cuervos en un campo de cucos.
Desde la ventana todo está tranquilo,
todo está en su ordenado desorden.
Y no hay remordimiento que turbe,
y los goces del pasado alimentan la melancolía.
Y llega la noche abarcando lo vasto,
lo lejano que está ya próximo.
Y llega la noche,
y la luz que de nuevo se enciende y no basta.

(de *El fin de Finisterre*)

FIN DE AÑO EN EL FRONTÓN MADRID

Me la encontré,
era una camarera en el Frontón Madrid.
Era la encargada,
o tal vez la propietaria.
¡No lo sé!
El caso es que yo estaba allí
deambulando,
sacado de la cama por unos amigos,
festejando no sé qué que no quería.
Estaba perdido
como cuando en un bosque,
al atardecer,
se filtran cientos de rayos diversos.
Era una sombra a la que abrazar.
Todo flotaba como ramas de abedules.
Éramos dos extraños que coinciden de pronto,
dos espías que,
a partir de entonces,
se vigilan desde el frío.
Ella lo hacía mientras cortaba las entradas,
contaba los cupones de las bebidas,
o daba órdenes a quien ponía música.
Ni me molestó,
ni habló.
Lo cual no es nada sorprendente.
Una persona no suele hacerlo en semejantes circunstancias.

Todo lo más
una inclinación de cabeza o algo así.
Un suspiro que hinchó su pecho de matrona.
Al mirarla, desde un ángulo del mostrador,
la vi sin ropa,
translúcida.
Cada parte de su cuerpo parecía pertenecer
a una edad distinta,
a otros cuerpos.
Su pubis brillaba ralo entre la botillería.
Sonreía su caverna dentada con cristales.
El rubor me hizo huir escaleras arriba.
Quién podía pensar que en una noche de tanta vida
se tratara de la Muerte.
Y lo era
cuando la miré.
¡Sin duda!
Aunque pareciese una modelo, avanzando y retrocediendo,
girando sin cesar entre el mostrador como por una pasarela.
O una chica de alterne que necesita hacerse querer,
dejarse
rozar
por la clientela que paga.
Aquel lugar parecía un ring inmenso
en donde se luchaba cuerpo a cuerpo,
sin reglas,
pues el amor las desconoce.
En las paredes,
grandes fotos de antiguos pelotaris famosos.

¡La fama de América!
Aquel manco,
¡toda la vida lanzando piedras contra el vacío!
El Frontón Madrid
es un discreto edificio visto desde fuera.
Por dentro,
un mascarón desarbolado.
De espaldas da a un cine
especializado en películas de terror
que,
a su vez,
linda con una iglesia dieciochesca clausurada.
Las almas que habiten este último inmueble
deben compartir su pena con hombres lobo,
enanos malvados, seres peludos innombrables...
E incluso
hasta con el
Maligno,
cuyo número ahora mismo confundo
con el teléfono de algún impostor.
Y lo que es peor,
con esos golpes sin límite del pelotari manco
tratando de hacerla pasar por el aro de un agujero negro.
Así,
se puede decir
—con toda seguridad—
que la manzana del Frontón Madrid
estaba podrida.

Un purgatorio.
Y todas estas ánimas errantes, entre las que me encontraba,
festejando su quemazón.
Y yo estaba allí
—con cota y escudo—
recorriendo su topografía,
como un vecino intruso que va subiendo las escaleras,
que son unos lugares más privados
de lo que uno pudiera imaginar.
En un descanso,
bajo un túmulo,
oculta en un matorral de plantas de plástico,
se dejaba como a una presa pelar sus mallas.
Su tesoro parecía defendido por un reptil fogueante.
Y el vaso robado,
el grial hirviente
entre sus cálidas llamas y el pútrido aliento.
En lo alto,
¿una mujer o una sierpe?
envuelta en los focos.
Los corazones al fuego
—vuelta y vuelta—
¿si Ella se comiera esa sangre de vida?
Pero ahí estaba
a la vista de todos,
a la jineta.
Y yo a la sombra del árbol.
Sus dientes centelleaban como pepitas de oro.

Hasta me reconfortó,
perdido
entre aquellos sollozos
que agitaban el ancho mar de carnes,
asistir desde la costa a los esfuerzos del otro.
Y de repente,
el verdugo desenvainando sus manos la abofeteó
y vino rodando a caer hasta mis pies como un río de agua.
Debería haberla ayudado,
¿pero entonces?
Me miró conmovedoramente.
¿Fue su ojo de cristal
lo que me hizo pensar en ella como en la Muerte?
¡No!
No había nada sorprendente en su ojo,
ni en sus labios que sangraban como cualquier animal degollado,
ni en su sexo que temblaba como la boca de un rumiante.
¡No!
No había nada extraño en aquella huella de mi antigua llama,
en aquella sármata
que iluminaba con un brillo metálico su placer.

(de *Para no ir a parte alguna*)

EL RUMOR DEL TIEMPO

He subido la cuesta hasta la altura
desde la cual se ven todas las perspectivas.
He subido como si ascendiera por aquella escalera
de caracol de la Torre de los Panoramas.
Aquí, en el descampado, el viento sopla por doquier.
Sólo escucho los disparos de los cazadores
que son como las salvas del alborar.
Veo a mi alrededor huir a los conejos
y sobre mi cabeza camuflarse las perdices
entre algunas nubes grises que pasan a toda prisa.
Pero el ojo inescrutable del cazador marca la distancia del vuelo
y aprieta con certeza su gatillo una y otra vez.
Después, sólo siento ese débil y seco ruido
que es como el de las hojas heladas cuando caen,
como pasos de fantasmas, al desprenderse de los árboles.
El océano está a muchos kilómetros,
quizás en alguna prehistoria pudo también llegar a estar aquí.
¿Así será el fondo de algún mar:
todo rojo y empedrado como esta tierra?
Piedras grandes con venas, perforadas hasta la extenuación.
O aquellas más ocultas que el rulo escondió para el arado
y ahora las rejas de los grandes tractores levantan y sajan
en pequeños cantos rodados contra los que mi cayado tropieza.
Me gusta oír sus chasquidos de xilófono,
sus voces que vienen de las tinieblas.
A veces brilla el caparazón lenticular de un numulites:
el tesoro de sus dientes es como la nieve en verano

sobre este duro y denso lecho de rubí.
Aquí no hay nada vulgar,
aquí cada cosa parece haber llegado a su destino.
Esta planicie desolada es como un gran tablero,
y las piezas del juego aguardan a los movimientos.
Ni busco, ni rechazo.
¿Quién puede no detenerse para acariciar estas piedras?
Quizá algunas fueron simas, acantilados o bajíos crueles.
Estas piedras huecas y sonoras como campanas.
Y su rumor es el mismo que el de las caracolas al oído.
Y su rumor es el mismo que el de los chasquidos de los huesos.
Casi todas blanquísimas, pero hay también algunas otras
esbeltas y filosas, escurridizas como la pasa,
negras como el azabache.
Quizá fueron meteoritos desprendidos de un jardín cósmico.
Hasta aquí, incluso, pudo llegar el río de lava que derritió
alguna vez a los icebergs.

He subido la cuesta hasta la altura
desde la cual se ven todas las perspectivas.
Aquí, en el descampado, el viento sopla por doquier:
siento el peso del aire que no se mide,
siento la gravedad de la piedra que no cae,
siento el hueco del mar que no se inunda,
siento el calor del fuego que no arde,
y yo mismo apenas me siento en medio.
¿Cuál hay más de ellos en mí?
Es un día claro:

Las montañas emergen de la llanura.
Los delfines emergen del mar encalmado.
Hoy el aire está tan limpio de todo
que carece de recuerdos.
Es como si estuviera en alta mar –solo–
excepto con la nada.
Y la nada del cielo se llama *vacío*.
Y la nada del hombre se llama *retiro*.
Y la nada de las montañas se llama *caverna*.
Y la nada del mar, ¿cómo se llama?
Y aquí estoy como en la alta mar,
como si ya hubiera estado antes aquí,
en este día tan claro y sin ningún recuerdo.
En pie sobre la popa, erguido sin eco y sin sombra.
¿Por qué me he alejado tanto?
No es quien más lejos llega aquel que no sabe adónde ir.

He subido la cuesta hasta la altura
desde la cual se ven todas las perspectivas.
Aquí, en el descampado, el viento sopla por doquier.
Los grandes postes del tendido eléctrico
son como colosos desafiantes.
Por sus venas pasa, sin duda, algún secreto que no puedo espiar.
Esos cables siempre en plena quietud entre la tormenta
como las redes remendadas de los pescadores puestas a secar
después de haber sido arrojadas sobre esa tumba
tan bien labrada que es el mar.
Y sólo el mar de mármol desafía el olvido.
Pero aquí solamente hay un océano de lentisco.

Quienes saben no hablan.
Quienes hablan no saben.
De qué sirve el lenguaje ante la profundidad del silencio.
El silencio de estos postes que, como dioses,
se entienden unos a otros sin hablar.
Y yo hablo y no sé ya cómo botar estos barcos encallados.

Es un día claro: la mente en reposo como un gran espejo.
Para mirar están estas piedras, este cielo, estos postes,
esa alcándara donde debieron posarse las aves marinas.
Y toda la lluvia del pasado no mueve los remos.
Los pájaros desanillados emiten sus graznidos.
El gusano madura su carcoma en el corazón del fruto.
Los caracoles se dejan atrapar al salir en la escampada.
La agalla de algún pez rasga mallas rotas.
Y el océano, que aquí debió batir sobre estos precipicios,
avanza por entre los postes que ya son boyas,
por entre esos repetidores de televisión que ya son sirenas
cuyo zumbido imita el aletear de ángeles caídos.
Sólo el timbre del teléfono abole la oriundez del lugar.
Aquí está ese océano en el cual todos estamos condenados a
hundirnos.

He subido la cuesta hasta la altura
desde la cual se ven todas las perspectivas.
A Friedrich le hubiera gustado una vista así:
Cuatro jarcias, cuatro arboladuras, cuatro espadañas
varadas, entre la niebla del horizonte,
por estas piedras que son pesos de anclas.

Oler este dulce salitre que esparce el viento.
En medio del paisaje, una figura humana casi raquílica,
escucha los cencerros del rebaño,
observa el paso de los aviones tomando rumbo,
la trilla exprimiendo las algas sobre la tierra seca.
Oye el dolor de las piedras capturadas por los camiones de grava.
Esa figura se sienta en un mojón, está de espaldas.
Se imagina que un gran cormorán lo protege.
Y mientras la luna, con su traje de luces de amazona de circo,
atraviesa esa pintura que tiene el sabor de las nubes,
le viene a la memoria una frase ininteligible:
Vocatus atque non vocatus deus aderit.

(de *Para no ir a parte alguna*)

LA PRIMERA NOCHE DE LA QUIETUD

¿Cuántos años después,
al salir por la Puerta de San Miguel o del Clavo,
las luces de qué faro me iluminarán?
¿Estarán aún Villano, Eddystone o Cordouan
todavía inmóviles alzados en el mar,
temblando perpetuamente sin ser derribados?
¿Serán ya esplendorosos mausoleos de ceniza
o todavía fuego y agua
que sobre estas obras no cesan de verter
dos inmortales: Júpiter y Neptuno?
¿Y por el ébano líquido del Mar de las Tinieblas
me avisará, al llegar a los bajíos, la campana de Bell Rock
o solamente ulularán los acordeones del Salier
que el oleaje bate en sus fuelles?
¿En el agua dulce, salada, tibia,
me perderé por entre esas barcas extranjeras
en las que a nadie se ve,
y sin embargo, están tan repletas
que hasta a la Muerte le da miedo zozobrar?
¿Parto o retorno como un eterno reemplazante?
¿Y es la luz de la luna o la de los faros
quien me lleva hacia el hueco del mar
con un voluptuoso balanceo que es como el de los pensamientos
que flotan en un alma cuyo pasado es un agua profunda?
¿Y si el Mar de las Tinieblas,
con su agua color de tinta china,
se hubiese desecado y fuese ahora

un gran desierto de cascos náufragos
con todos los nombres brillantes en sus quillas
como antiguos remordimientos que no quieren dormirse,
por dónde entonces mi nave que se deslizaba por la ruta cerrada?
Pero todo ha de estar en su lugar:
la espuma brillando como una llama mojada,
bocinas que suenan como sistros,
la noche, como un regazo, acunándolo todo.
Y en este océano donde aprieto con pasión la ola contra el pecho
más ligero que el corcho, más ligero que la espuma,
me sumerjo para poder surgir
mientras todas estas palabras hacen agua.

(de *Para no ir a parte alguna*)

ILLA CANTAT

Illa cantat
nos tacemus.

Ella canta
nosotros callamos.

¿Quién debelará su canto y nuestro mutismo?
En mi silencio su canto enmudezco.

Ni musa, ni sibila,
sumergirán reliquias en las olas.

Illa cantat
nos tacemus.

Ella canta
nosotros callamos.

(de Olas en la noche)

POR LOS ESTRECHOS

¡Que suba la marea en mí como en la playa!
y por los estrechos desplegados sobre los mapas.

¡Oh, movimientos marinos de los amantes confundidos!
Quienes están en el mar trabajan en los torbellinos.

Estrechos todos,
y nada más que estrechos son las rutas.
Todo se agita y nada se conmueve.
Señor: mientras tú duermes nosotros nos hundimos.
En esta hora sólo vemos la abertura.
Y el cosmógrafo con el bisturí
intenta abrir nuevos pasos, nuevas rutas
por esta piel de pergamino.

En tanta sabiduría sólo una duda:
¿quien ha vivido un día ha vivido todos?
Todos los días van hacia los estrechos,
el último los alcanza.
Y al doblarlos,
nos encontraremos con los no nacidos.

¡Que suba la marea en mí como en la playa!
Señor: ¿serás conmigo tal como eras cuando yo no era?

Al norte Bering, al sur Gibraltar, más allá Magallanes:
¿qué sabemos ahora que no supiéramos antes?

Las estrellas fugaces, la tenue luz del cuarto menguante
se vela por una nube.
Quedamos solos ante la noche.

Nuestros únicos ojos abiertos iluminándonos.
Y de la mar subiendo ecos
que no escuchamos.
Palabras insípidas que salen de bocas sin papilas.
Y en ese silencio, en ese presentimiento,
no había más que trascendencia,
y era preciso mantenerla en toda su extrañeza.

¿No hay ya un lugar que habiendo estado en pleamar
en bajamar esté ahora?
De tanta agua rodeados,
la noche libera las sombras encerradas,
y las sombras sólo sienten sed.

En mares estériles madurará la cosecha.
¡Que suba la marea en mí como en la playa!

Todas las costas desaparecen, todos los farallones,
mientras descubrimos, mientras nos descubren,
falsos pasos al norte, al sur, al noroeste...
cuyas frías corrientes no permiten el retorno:
pues allí sólo se recuerda el olvido
con que se anega cuanto recordamos.

(de *Olas en la noche*)

POR NOSOTROS INTERCEDEN...

El helicóptero sobrevuela el cortafuegos,
remueve las colinas de arcilla cultivadas con trigales,
Los olivos, las vides, los cipreses,
toda la vida sombreada bajo sus hélices,
sobre las aguas en sombras que arroja en lo informe de la noche.
Todavía no ardió el bosque de asfódelos,
el helicóptero arroja sobre él su lluvia de estrellas fugaces
y es el único pájaro que se posa entre el pinar.
Tres cirios ardían como el tiritar de un termómetro,
mientras el cielo estrellado brillaba como cabezas de alfileres
que en las más raras conchas marinas perladas de luz
se clavan en la estela azul de una cometa perdida.
En la caída pesábamos menos y la ciudad amurallada
se alejaba en la rasante del silencio.

¿Cómo se dice culpa en este idioma?

*Colpa, colpevolezza, colpevole, colpevola causa, colpevolmente,
incolpazione, incolpare...*

Y ¿no es la culpa un error fructífero lleno de inexistentes semillas?

Quisiera aprender palabras dichosas en este otro idioma,
pero como ruedas sin dirección rodaban los días,
el teléfono estaba sin red y en las habitaciones próximas se oían
voces que no entendías, que no querías entender.

De la mañana a la noche cantan la canción de cuna:

«... la tripulación decidió comerse a un marinero
y eligieron al grumete».

Quisiera sólo aprender las palabras dichosas

de los otros idiomas, pero los idiomas tienen más alas negras sobrevolando la gramática y hay tantos verbos que impiden conjugar el amor...

Este día ya es inevitable,
la torre se ilumina, el duomo, éste es el horizonte soñado,
pero estoy en el corredor del dolor
entre mi corazón que se arquea y mi razón que ennegrece.
Busco el vellocino y encuentro un viejo abrigo
que apenas me resguarda de esta suave tormenta estival.
Entre los huesos de miel,
en el bosque tubular que arde, soplan las respiraciones.
Los turistas pisan mosaicos tapados con cartones,
se paran sobre su destino y la Sibila Cumaea y Hermes
los observan sin ser vistos.
¡Qué sima de troncos sin talar!
Y afuera mientras arde la escala de los profetas y los reyes
Nichío da dos veces veloces vueltas a su concha azul,
mientras Penna Bianca y Tuareg se derrumban
contra la curva de San Martino.
Ellos tienen honor y nombres, pero no así mis caballos
reducidos a un arcón de metal.
Por los montes herrados el palio con su ojo de cristal y su caballo
troyano.
En medio del incendio las palabras se olvidan,
el helicóptero saca el agua dulce de la Estigia.
Los celadores apagan las luces y sólo queda la torre iluminada.
¿La culpa pesa más que el dolor?
El helicóptero gira a la altura donde arden los sueños,

no los rescata sino que los inunda, los ahoga en el salvamento.
En las horas de vigilia se aprenden las despedidas.
Lenzi cuida su huerto, riega los tomates, alinea los cipreses,
poda los rosales y geranios,
no se inmuta por el estruendo del helicóptero.
En medio del estío cuarteles de invierno.
No conozco la palabra que he de decir,
la palabra que debo pronunciar no me conoce,
no soy siquiera la forma de su mentira,
ni siquiera el ala de su pensamiento.
Quizá sea el cuerpo de la palabra que olvida,
que se quema en este bosque de hojas miniadas
cuya ceniza no recoge nadie.
Y es verdad que es culpa tuya que estés aquí
donde no sabes por qué estás,
en el anverso y el reverso, en el haz o el envés,
entre vuelta y vuelta de la parrilla,
justo ahí donde las hojas se contraen, cambian de color y se borran
las venas.
Por los ríos dragados flota la barca que Ambrogio Lorenzetti
pintó en su cuadro *Un castello in riva al lago*,
pero por nosotros interceden las murallas, las puertas,
las colinas de esta ciudad, los mármoles blanquinegros de estas
catedrales.
Nuestras heridas son como esas pesas que se cuelgan
de los campanarios para sostener las cicatrices del tiempo.
¡Oh mísero guión de nuestra vida!

De la Maremma o pura sangre, al fin todos quedan
prendidos en esa curva de San Martino.

En el bosque encendido,
el columpio bajo un castaño expande rastrojos.

*(de *Olas en la noche*)*

LA FÍSICA DEL ALMA

esas aves de presa son ángeles caídos

beben las dulces aguas
robadas
comen migas

son las migas

de la última cena

acechando en el aire

dibujando la física del alma

el aviador sólo ve la oscuridad

y el tiempo

que no existe por sí mismo

un rumor de culebras venenosas
enroscadas en las hélices partidas

esas aves son ángeles caídos

volando libres
entre la codicia

no tienen ataduras con el odio

la red de la ilusión no las atrapa
no las arrastra el río del deseo

sin deseo
el temor
de dónde llega

la verdad no se ocupa de los fines

aves de presa
ángeles caídos

aquí están
no venían

en el espacio de lo inacabado
no deja el viento cicatrices en sus alas

(de *En el mar de ánforas*)

NANAS DE LA NADA

I

nada más

nunca más

ya jamás
nada

la nada que comienza en esta tarde
se acabó para siempre

hasta luego

donde todo se pierde

donde todo se encuentra

oh las estrellas
caen

non più d'una volta

sólo se muere una vez

y quién lo dijo

aquí no hay ya más bises

nada

más

II

devenir

el devenir

y advenir el porvenir

ahí

en alguna parte

exiliarse

hacia ninguna parte

el más allá

no es parte alguna

nada

ya

III

y así

sólo verte
en un espejo

y de forma borrosa
imagen vana

eterno llanto
verte
sólo verte

a través de las formas
de las aguas

pescador de blasfemias

y morir así

de muerte seca

IV

las lágrimas

oasis

que crece
sobre el fondo del desierto

de nada sirve llorar

llorar sobre la leche derramada

lágrimas
como lluvia de verano

derramadas al centro
sobre el alma

olvidar cuanto se sabe
es lo mejor
y pensar

en decir
eso que es

y que nada es verdad
sobre la tierra

el engaño es la obra
la verdad

nada

salvo

la nada
se conoce

V

la muerte
siempre joven

tal vez
de repente
se me olvide

nunca ocurrió
perder
alguna presa

la muerte
siempre
joven

y aquel instante
sin ningún
después

no la nada
no

sino ya el no
tiniebla más luminosa

que la luz

esfera

más radiante

que el silencio

el futuro

de todos

los futuros

la muerte siempre

joven

tal vez

de repente

se

me

olvide

fresas

para el insomnio

en el frutero

timor

tremor
temor

temblor
agazapado
en el silencio

que el primer llanto
viene ya a romper

en el desierto

poblado

su presencia

la muerte siempre joven

tal vez me olvide

pero entonces

morir en nosotros mismos

des
morir

(de *En el mar de ánforas*)

COSAS DE UR

ruinas,
amapolas
setos
las colinas

cosas de la historia

cosas de la infancia

la sangre
reseca
dormida en
los surcos

setos
amapolas
ruinas
juncales

para hacer
guirnaldas

cubrirse

las sienes

el jardín

incendio

verde
entre la nieve

abetos
cipreses
tejos
limoneros
verde oscuro
bronce
feroz
contra el
cielo

azul

muro rojo

establo
alquería

ladrillos
carbones
brasas
encendidas
un viñedo
hileras

verde
rojo
amarillo

las olas de un mar

frescura
ventisca

tesoro
escondido

el ciprés
de
Creta
consagrado a
Artemisa

sobre
las estrellas
que
no
toca
el mar
ruinas
juncales
amapolas
setos
secos

las colinas
cosas de la infancia

pies sobre las flores
dormido en los
pliegues
todo piedra
pálidas
y leves
viruelas

las vetas del mármol
árido desnudo
ver el sol
las nubes
salir al camino
encontrar la hierba

las cosas sagradas
las cosas profanas
las cosas de la infancia
de la historia
de la prehistoria

de Ur

qué hay
no me importa

dentro
fuera
invierno

quién está

pescando

barcos
desguazados
manos
negativas
podando
pintando
en las quillas

nadie
no hay gozo seguro gozo
no hay fiesta sin duelo

nadie

está
pescando
historia
ruinas

(de *En el mar de ánforas*)

OBLIGADO A ESPERAR DURANTE VARIAS HORAS EN EL
AEROPUERTO DE PEKÍN DEBIDO A LAS INCLEMENCIAS
DEL TIEMPO, PIENSO QUE YA ESTARÁN LAS LLUVIAS
CAYENDO SOBRE EL EUME

Una densa niebla y una gran ventisca impiden despegar.
Donde quiera que vaya: peligro y dificultades.
Haga lo que haga: complicaciones y fracasos.
Al igual que en Madrid pierdo el Metro,
ahora en este otro continente
me detienen adversos aires.
Envejezco en cada aeropuerto.
Envejezco en cada terminal.
Envejezco en cada sala de espera.
¿A dónde van a parar estas horas?
¿Podré reclamarlas al final de mis días?
Como nimbo vagabundeo a merced de los altavoces.
Como nimbo vagabundeo a merced de las pantallas.
La azafata de información me sonrío
y me entrega una rama de sauce.
T'u Lung escribió esta máxima:
Un buen viajero es el que no sabe a dónde va.
Un viajero perfecto es el que no sabe de dónde viene.
En el aeropuerto de Pekín
el río humano de pasajeros perdidos
también se llama Eume.

(de *Eume*)

BAJO EL PUENTE DE BROOKLYN

Bajo el puente de Brooklyn
pasa el Eume.
El puente de Brooklyn no sería
el puente de Brooklyn si no
pasara el Eume.
Plutarco dejó escrito que, para los griegos,
el primer requisito de la felicidad
era haber nacido en una ciudad con río famoso.
La virtud, sin embargo, puede florecer en cualquier parte:
¡Nací en una ciudad pequeña junto a un río pequeño,
y los prefiero así, y los prefiero incluso,
si se volviesen aún más diminutos!
Bajo el puente de Brooklyn
pasa el Eume.
Sí, bajo cualquier puente del mundo
pasa el río de nuestra infancia.
En inglés Eume se dice Hudson.

(de *Eume*)

PERIPATÉTICOS

Aquí no hubo cafés
ni mesas de madera, ni mármoles,
ni paredes tiznadas de humo.
Por aquí no pasó el *Normandie*
ni los grandes transatlánticos,
tan sólo botes bajo puentes de madera
y rústicos arcos de piedra románicos.
Por aquí no pasaron los grandes sistemas
ni las revoluciones.
Estos vados sólo los atravesamos los
peripatéticos,
quienes viajamos a pie de una polis
a otra y contemplamos cómo pacen
los caballos entre las hierbas de agua.
Todo cuanto sabemos, el Eume y yo,
lo aprendimos caminando,
como otros por Königsberg,
Copenhague, Westfalia o Burdeos.
Aquí no hubo arcos triunfales,
ni grandes hipogeos, ni murallas
desde cuyas almenas dejar volar
lejos el pesar.
La mejor universidad está en hablar contigo
río peripatético,
sin polis que engalanar,
sin nada que

ofrecer salvo una tumba
bien excavada
como ésta mía, sin nombre,
anegada,
perpetuamente.

(de *Eume*)

EL RÍO DE LA LUNA

En la noche, al raso, contemplo los planetas:
nacen y mueren como los lirios.
En silencio *la fraga* comparte el sonido
del río y de las altas esferas.
¡No sé música, desconozco la astronomía!
¿Cómo se compone un pentagrama celeste?
Mozart escribió sobre Júpiter, Haydn se inspiró en Mercurio,
Beethoven hizo rielar la luz de luna en la superficie de un lago.
Pero sólo Holst abarcó los astros: "La música
es idéntica al cielo, no es algo que emociona
por un momento, ni tampoco por horas. Es
un estado de eternidad". Al llegar a Neptuno,
las voces de un coro femenino, recluso en una sala
entre bastidores, se van apagando en el final
(sin sacrificar el tono), acalladas por el cierre
lento y silencioso de una puerta.
En la noche, al raso, contemplo los planetas.
Planetai, en griego, significa errante.
Seres errantes que componen un cosmos
salido de un caos todavía sin consumir.
Tan mortales y efímeros como tu agua y la mía.
Pero cuando trazo curvas a un lado y a otro
de los cuerpos celestes también soy un creador.
Si descubriese un cometa no le pondría mi nombre,
sino el tuyo, Eume, con el que te bautizaste a ti mismo.
En la noche, al raso, contemplo los planetas.
El del amor está en lo alto, iluminando con su tea

el rocío de nuestro desolado lecho vespertino.
Lluvia de meteoritos, polvo de
estrellas fugaces con sus colas de pavos reales.
Cierro los ojos y pido más deseos de los acordados.
Allá, en lo alto, volcanes sobre llanuras
pavimentadas de lava,
fumarolas, mares helados de arenas doradas,
anillos de nubes barrocas,
piedras lunares mondas como huesos,
fósiles secos, viento solar, el viento de Dios
con las lenguas de fuego.
En la noche, al raso, el plenilunio deja ver
el Mare Crisium, el Mare Tranquillitatis,
el Lacus Timores, la Sinus Iridum, el
Oceanus Procellarum, las Palus Somni,
que llena el Eume cuando se eclipsan
de almas húmedas
en el estertor de una noche de verano.

(de *Eume*)

PREPARO UN RAMO DE FLORES IMAGINARIAS

Corto flores y las poso sobre los altares de piedra.
Desecho aquellas sobrantes ya utilizadas,
ya olidas, colocadas en algún cuerpo,
perforadas por insectos, chamuscadas,
caídas al suelo, feas o sin olor.
Pero el ramo que a ti te arrojo con la palma
de la mano derecha vuelta hacia el cielo,
está preparado con flores imaginarias
creadas por mi mente. Estas plantas florecen
en mi devoto corazón. No son sobrantes,
no se marchitan, se pueden utilizar muchas veces.
Sólo necesitan que las riegue
la fe de tu agua.

(de *Eume*)

SPREE

Leche negra, selva negra.

Lo negro en la negrura.

Oscuro, más oscuro que lo oscuro.

Spree, el río negro más negro que lo negro:

Nigrum,

nigrius,

nigro.

La sustancia profunda, oscura, inmutable
de todas las cosas.

Y el cuervo es negro como la sangre coagulada.

Y el cuervo es negro como la madera calcinada.

Negro, guarida íntima de los colores.

En el fondo del azul está lo rojo,

y en el fondo de lo rojo está lo negro.

«La nieve, compuesta de agua, es negra
a pesar de nuestros ojos», dice Anaxágoras.

Nieve cayendo sobre el Spree.

Nieve negra, el *en-sí* de lo blanco,
pensaba Hegel mientras atravesaba
los puentes de la isla de los museos.

Fuego frío, sol negro, agua seca.

La nieve tan hermosa como las nieves
del remordimiento cuando se funden.

Mármoles negros, jaspes negros, alabastros negros.

Cisnes y patos resplandecientes en su blancura
son todo negrura en su interior.

Tinta negra, vino negro, piedras negras lloviendo.
Espuma negra, negrura secreta de la leche,
negrura secreta de las cosas blancas.
Laberintos de cristales negros rotos.
Sol negro, rayos negros sobre el Spree.
Rosas negras, tulipanes negros,
cardos negros,
hígados y riñones envueltos en helechos negros.
Media luna para los besos negros.
Arenisca roja y piedra negra.
No se puede entrar dos veces
en las mismas aguas negras
del Spree.
Libros de alquitrán, de pez, de azabache,
libros de ébano, hornos de cal en
la noche oscura.
Nubes negras. Todos los cuervos estaban ebrios
de lluvia vieja y sucia.
Padre esperó contra toda esperanza.
Preparó la leña, la ató, encendió la hoguera,
sacó el cuchillo, entenebreció los ojos,
comió para esperar erizos negros,
bebió la leche negra.
Unigénitos todos flotando en el Spree amargo.
El río negro más negro que lo negro:
Nigrum,
nigrius,
nigro.

Leche negra, selva negra,
lo negro en la negrura.
Oscuro, más oscuro que lo oscuro.
Spree, el río negro más negro que lo negro.

(de *Eume*)

YA NO PESAMOS NADA

Cualquier puente sobre el Eume
es el puente Chinvat.
Cualquier curso del Eume
es el Hara Berezaiti.
A un lado uno mismo.
Al otro nuestra *daena*,
el propio yo preexistente que llega
al paso de piedra o de madera
acompañado de lebreles.
Entonces este puente, cualquier puente,
es el centro del mundo y enlaza
el cielo con la tierra.
¿Quién lo atravesará primero?
¿A quién se le estrechará o agrandará?
Cualquier puente sobre el Eume
es el puente Chinvat.
Cualquier curso del Eume
es el Hara Berezaiti.
Daena descansa iluminada por
lucernas de volutas sin asas.
Yo sobre un manto de damasco carmesí.
Ambos felices de habitar
la misma casa de viejos
que de niños.
Cualquier puente sobre el Eume
es el puente Chinvat.
El corazón de la iluminación es el espacio.

El espacio en el interior del corazón
es tan vasto como todo el universo.
Nuestro espíritu es puro si está vacío.
Las campanas suenan, los lebreles ladran.
¡Adelante!
Ya no pesamos
nada.

(de *Eume*)

CRUZANDO PUENTES

Crucé el Moldava por el puente de Carlos.
Crucé el Neva por el puente de la Trinidad.
Crucé el Danubio por el puente de los Leones.
Crucé el Moscova por el puente Novoarbatski.
Crucé el Sava por el puente de Branko.
Crucé el Tíber por el ponte Sant'Angelo.
Crucé el Sena por el puente Mirabeau.
Crucé los puentes de hierro oxidado sobre el inmenso Paraná,
en Gualeguaychu,
y el no menos caudaloso río Santa Lucía
a la entrada del antiguo Montevideo.
Y ahora estoy atravesando el East River
por el puente de Brooklyn.
¿Cuál de ellos será el puente de mis sueños?
Estoy inmóvil en el aire a mitad de camino entre
Manhattan y Brooklyn. El East River a mis pies:
denso, deshabitado, sin fluir. Así mi sangre.
Y una poca brisa levantando las faldas de las escolares.
A mitad de camino como el ombligo de aquella joven,
a mitad de camino entre la camiseta encogida
y el comienzo de su pubis marcado por el caído pantalón.
Así estoy yo en medio del puente de Brooklyn,
en medio de todos los puentes del mundo.
Los nobles arcos neogóticos de Manhattan despidiéndome,
esperándome los de Brooklyn.
Esta mitad del camino, este poder elegir
entre continuar o regresar, esta tierra de nadie

en medio del aire es, como escribió Whitman,
la mejor medicina para el alma.
¿No es el alma también algo aéreo?
Sentado en este banco, en medio del puente,
el atasco detiene a una gran limusina negra
justo entre los intersticios del maderamen.
Va hacia Brooklyn pero regresa a Manhattan
y así sucesivamente.
Aquí siento cómo el eje de mi vida se desplaza
desde el pasado al presente y los cuatro ojos
de los arcos conciben mi futuro.
Las torres del puente, a uno y otro lado,
a pesar de la neblina, están claramente
definidas. Son hermanas gemelas de los otros gigantes.
¿Sueño despierto o, más bien, despierto del sueño?
Estoy a mitad del camino y remoloneo.
Mis amigos toman asiento junto a mí,
mientras uno nos hace una foto que es velada
por una ciclista que pasa sin detenerse.
¡Sorry!
¡Sorry!
grita levantando los brazos del manillar.
Al menos se quedó en nosotros algo impreso
de su fresco rostro.
Cruzo puentes como tormentas.
¿A qué lado nos echarán?
Busco reposo en todas las cosas.
A cuantos pasan los conocí cuando
estaba bajo las hojas de la higuera.

Cuando soy débil, entonces soy fuerte,
mi fuerza es poderosa en las debilidades.
Cruzo puentes como dejo sueños en los hoteles.
Y por los caminos de sirga fluyen ríos impasibles.
Sentado sobre el banco permanezco en silencio.
El silencio pertenece al arte de la oratoria.
Llueve sobre el Paraná.
Nieva sobre el Neva.
Mi mirada es tan inocente que engaña.

(de *Eume*)

A LA MANERA DE GUILLAUME, OSIP, PAUL Y CÉSAR ANTONIO

Bajo el Mirabeau
el Sena.
De amores, tristezas y dolores
¿quién se acuerda?
En los ríos,
al norte del futuro,
echo la red.
Luego, la subo lastrada
con los sillares del puente
desde el que nos
lanzamos
hacia la vida
en vuelo de heridas.
Bajo el Mirabeau,
el Sena.
De amores, tristezas y dolores
¿quién se acuerda?
Las alegrías siempre vienen
tras las penas.
Bajo el Mirabeau:
tú
yo
el otro,
y los que vengan.

(de *Eume*)

CELEBRANDO EL AÑO NUEVO DEL 2007

Qué felicidad para el año siete
que llega, y para el seis que se va:
comenzar contigo Eume y contigo
terminar.

Las doce de la noche en la Estación Finlandia.
Allí, junto al Neva, aprendí
el difícil arte de las despedidas.

Ni sobre el Eume, ni sobre el Neva
Cristo caminó, ni pescaron al Leviatán
con anzuelo o con la cordada que le echaron
alrededor de su lengua.

El agua sigue royendo las rocas y los témpanos.
Quien esté libre de culpa tire el primer
guijarro para el deshielo.

Ríos que se desbordan pasan invadiendo
los *ghats* de Benarés,
las orillas del lago Walden
donde con Thoreau pesqué unas
pesadas percas.

Ríos que se desbordan chocan
contra los pilares del puente Milvio
asentados sobre los huesos de Majencio.

Brindo en este año
a la intemperie.

Mi rostro mojado por tu espuma,
mis manos heladas,

mis ropas de gala son como las de los
jainistas: vestidos de aire, vestidos
de cielo, vestidos de espacio.
Desnudos, sin nada,
incluso hasta sin piel: como los *digambaras*.
Y así convertirme en un *tirthankara*,
el que sólo se dedica –como nuestro San Cristóbal–
a ayudar a pasar los ríos. Un *pontificex*.
Hacedores de vados, hacedores de puentes
para que los demás puedan cruzar a la otra
orilla, la orilla de la liberación.
Vencedores de las pasiones: quien no posee
nada, es un sabio que vislumbra el camino
recto por donde se transita sólo con una
escobilla que se utiliza para apartar
diminutas vidas de su paso, y un
cuenco de agua para sus abluciones.
Qué felicidad para el año siete
que llega, y para el seis que se va,
disfrutar cada corriente y aceptar
que pasó.
Disfrutar cada minuto mientras
me bajo del tren en la Estación Finlandia
y voy hacia el Neva por la Nevski,
o hacia el Eume
por un campo de amapolas recién sopladas
por el viento del noroeste.
Estos copos de nieve que caen

son acaso los mismos de
todos los años.
Estos granizos son los mismos que
engendraron el maná.
Estas arenas del desierto que adornan el belén
las traje de las ruinas de Rasafah y
de Wadi Rum donde están los siete
pilares de la sabiduría
resistiendo a las inclemencias.
¡Eume arrastra lejos todos mis pecados,
llévate las injusticias que haya cometido,
hunde los falsos juramentos!
Eume en ti yacen todos los bálsamos,
tus aguas contienen todas las medicinas.
Día de invierno este treinta y
uno: hace calor al sol.
Las flores de las ofrendas a Ganesa,
las flores de las ofrendas a
Nuestra Señora de las Nieves,
van a la deriva de la corriente
atravesando cauces completamente secos,
mientras las lluvias se extravían
por los desiertos.
Los ríos no se cansan, no se detienen,
no aguardan en la Estación Finlandia.
Fría, como la nieve, la luna cabalga
en el curro sobre pálidas yeguas.
Escucho caer las blandas camelias
y el silbido de una hoja de castaño planeando

sobre el Eume.
Mutis del río y del año:
en las escalinatas de Benarés,
en las escalinatas del Báltico,
en las escalinatas de Caaveiro.
Las aves en sus cantos.
Los ríos atentos a sus silencios.
Lo mismo hay belleza en perder que
en olvidar. Lo que tuviste lo tienes,
porque quisieras tenerlo.
Quien no tiene carencias, carece de
todo: la completud
es una forma de no tener.
Qué felicidad para el año siete que llega,
y para el seis que se va,
escribir poemas y amasar barro
para hacer almas como Abraham.

(de *Eume*)

ABU-L-HOOL

el hombre
teme al
tiempo

el tiempo
teme a la
esfinge

tumbada

en las
arenas

qué es
sino
ella misma

arena

desprendida

de la nariz
de la barba
del tocado

la esfinge

abu-l-hool
el padre del miedo

adivinanza envuelta
en un misterio
dentro de un
enigma

abu-l-hool

pintada de rojo

del tocado
desprendida
nemes
el pañuelo plisado
con rayas
amarillas y
azules

desprendida

del pecho
calizo

láminas
escamas
peladuras
polvo fino como

talco

polvo fino
de
damas y
caballeros

el hombre
teme al
tiempo

el tiempo
teme a la
esfinge

encastradas patas de
león

abu-l-hool
el padre del miedo

despintadas uñas de
gata

encastrada mirada
im
pe
ne
tra

ble

al alba
después de las frías
horas
nocturnas

amanece

encima
el rocío

humedad disolviendo
la sal
atraída
a la superficie

inmortalidad
pétrea

cristalización
descamaciones
vapor del rocío al
sol
y a la sal
solidificada

casajos
chasquidos

grietas

viento tras la
duna

abu-l-hool
el padre del miedo

montículo de palabras
a
ban
do
na
das

una barca de cedro
navegando
sobre lágrimas lustrales

aguas limpias
venidas de los
oasis

y el sol se
pone
en el ángulo formado
por la
pirámide
y el hombro derecho de

la esfinge

abu-l-hool

mazos de diorita
golpeando

puertas falsas
cámaras ocultas
pasadizos secretos

el hombre
teme
al tiempo

el tiempo
teme a la
esfinge

tumbada

en las
arenas

ciencia de la
in
mor
ta
li
dad

pétrea

fósiles de
crustáceos
ostras
esponjas
corales
reliquias de arrecifes
encallados en el
desierto

abu-l-hool
el padre del miedo

en el bazar
el árbol de la vida
abandonado
a los rascacielos de
man
ha
ttan

a quién ahora teme
el tiempo
guardián

y la esfinge y
el normandie
east river

arriba montague
luces encendidas
oficinas cerradas
y la arena
y la carena
en el rostro
pesan

abu
l
hool

calizas
cementos

dies
nihil
est

el día no es
nada

mientras
das
la
vuelta
en
la

cama
del hotel

«bella vista»

su mirada
saliendo de
detrás
del *pschent*
asusta al búho
que regresa al oído
sordo

y
cae
la
noche
de
los
tiempos

dum
versas
te

(de *Cielo azar*)

GENIUS

genius
natal
mi genius
tu juno
ingenium
indulgere
genius
abandonado
a él
sin defraudarlo
alas largas
temblorosas
estremecidas
genius
natal
mi genius
no me abandones
en la bonanza
genius albus
genius ater
ambos
genius
uno
junto al
otro
encendida
antorcha

volcada
cándido
tenebroso
sabio
depravado
mutable
tú
yo
genius
se mi daena
en el último
instante
bella
demonio
soy tu daena
la que conformaron
tus pensamientos
palabras
actos
llega el momento
el abandono
de repente
noche
día
lloviendo
a pleno sol
junto a la ventanilla
del avión o de un carguero
entre olas de nubes

¡vete!
tu dios te abandona
tú a dios abandonas
tú y él
que ya no queréis
ser salvados
sólo la despedida es verdadera
sólo ahora comienza el largo
desconocimiento
de genius
de juno
de daena
de ti mismo

la indecisión

(de *Cielo azar*)

... Y SUS OJOS NO SE ENCONTRARON

judy o
madeleine

posesión o creación
de madeleine por otro

¿fue él quien te formó?
¿fue él quien te hizo repetir?

en las frías aguas de la bahía
en el museo sentada ante un retrato
en el campanario de la misión española

judy o
madeleine de espaldas
entre el marco de la puerta
y el marco del cuadro

¿doble simulacro?
¿fantasma y resurrección?

carne tersa de judy
traje sastre gris
de madeleine

bouquet de flores
colgante culpable

rizo
moño en espiral
de madeleine

ebriedad erótica de la atracción por el vacío

restaurante chez ernie's
el tapizado rojo de la pared

...y sus ojos se encontraron
...y sus ojos no se encontraron

icono de perfil
antiicono
el movimiento
el tránsito

perfil de la memoria

hotel empire en post street
noche

la negra silueta del perfil de judy
recortada sobre el fondo de una ventana

pasa la luz
verdosa
de un neón
publicitario

espectro
silueta
alma
judy o
madeleine

carne o apariencia

¿el negativo era el original?
¿el positivo era la reproducción?

abrazar a una sombra
de entre los muertos

monocromía de la piedra
policromía de la piel
semejante al marfil

ver
ti
go del
fetichismo

lo que era una falta deja de serlo con el tiempo

...y sus ojos no se encontraron

(de *Cielo azar*)

BIFAZ

hacha de mano tallada en cuarcita roja
rara entre los cantos de las terrazas del arlanzón

excalibur
antes de
excalibur

sima de vertebrados
cuando siendo
homo antecesor
ya era antepasado

hueso hioides
pelvis

río de fósiles
envueltos en el sudario arcilloso
de la edad del tiempo

hucha
de sueños

¡oh señor de las cuevas!

(de *Cielo azar*)

FLÂNERIE

pasear sin rumbo
y atraparlo
todo

deriva fotográfica

en el Boulevard du Temple
sobre una ventana abierta
un daguerrotipo

brilla la lámina de plata

un transeúnte aguarda inconsciente
aparecer en la foto del juicio universal

ángel del último día
ángel de la cámara

¡dame mi locus!

no resucitará el cuerpo
sino su figura
su eidos

mira el rostro

su nombre es

hubiera podido ser
también se llama
ya no

demasiado tarde

¡adiós!

(de *Cielo azar*)

CARSO

escombros de todas las ciudades desenterradas
escombros de todas las civilizaciones derrumbadas
huesos de las caderas abatidas en todas las edades

bora frío
cálido y desértico siroco
levantando polvo del polvo
de aquello otrora

tan bello
tan fresco
tan adecuado

para perdurar

polvo del polvo
mojado
por lágrimas
secretas

lágrimas

de sal

clavículas
cráneos
costillas
rótulas
columnas
capiteles de todos los órdenes
altos hornos como castillos asaltados
almacenes de nudos marinos

desanudados

caro

data

vermibus

¡levanté las piedras
y no estabas!

¡corté en dos los troncos
y no estabas!

dios está allí donde solo se le permite
entrar a los gusanos

polvo del polvo

arrojado aquí hasta la resurrección
del verme

polvo del polvo

niebla donde yo mismo me pierdo
ascuas bajo engañosas cenizas

avivan el deseo de no desear más

bora frío

cálido y desértico siroco

cuando tánatos deja al descubierto
la cruel desnudez de eros

la lava cayendo al molde del basalto
la lava cayendo en los sarcófagos útiles tantas otras veces
la lava cayendo al molde del vacío

frisos y relieves borrados
árboles sonámbulos
y los campos de la melancolía en flor
a la vista de los cuatro puntos cardinales
cuando el bora frío
cuando el cálido y desértico siroco
tocan a queda el bronce de silencio de la roca
del hormigón del cemento de las jambas temblorosas de acero

en el tímpano todos los sonidos se hacen un lecho
donde ya no hay casa
ni aposento ni cofres bajo llave
y todos fuera golpean por abrigo
en medio de este descampado de guijarros
de pensamientos consumidos por la duda

en el atrio de la iglesia de Monrupio
jugamos una noche a los dados con nuestros huesos
mientras todo volvía a ser ruina

había pasado un día
pero aún faltaba toda la eternidad

(de *Cielo azar*)

EN LA CUMBRE DEL MONTE MORIAH

en la cumbre del monte Moriah
día y noche
a cada instante
sobre todos los montes Moriah del mundo
levantan el cuchillo sobre quienes amo
y deben amar
el otro
éste
o aquél

en la cumbre del monte Moriah
el secreto que no es secreto
un compartir que nada comparte
un puede ser que podría no serlo

quien ve en el secreto te lo devolverá

en la cumbre del monte Moriah
un temblor
un miedo
una angustia
un tiritar
un no poder querer decir

la fuerza de la debilidad
en la cumbre del monte Moriah

creer
hacer creer
dar crédito
recibir el salario
donde está el tesoro también está el corazón
un don que no es un presente

en la cumbre del monte Moriah
aprender
comprender

en silencio tres días
y a la mañana del cuarto
I would prefer not to

en la cumbre del monte Moriah
sobre todos los montes Moriah del mundo
los perjuros en lenguas

¡heme aquí!

libre de toda deuda
en el muro de las lamentaciones
en la cúpula de la roca
en el vía crucis

¡heme aquí!

libre de toda deuda

sobre todos los montes Moriah del mundo
levantan el cuchillo sobre quienes amo
y deben amar
el otro
éste
o aquél

en la cumbre del monte Moriah
sobre todos los montes Moriah del mundo
quien debe pedir perdón no sabe pedirlo
por no querer saber pedirlo
es su egoísmo quien engendra la culpa

en la cumbre del monte Moriah
sobre todos los montes Moriah del mundo

I would prefer not to

(de *Cielo azar*)

EN EL DESVÁN

¿Dónde guardar las voces que han callado?

en el desván
vida seca
hojas de bacalao

en el desván
la casa está en el viento
en el lugar ignorado
cuya ignorancia
es una aurora

dónde guardar las voces que han callado

el silencio es todo lo que queda cuando uno calla
ya no hay ninguna necesidad
de interpretar sino de contemplar
asidad
hacer silencio de todas las voces y de uno mismo

dónde guardar las voces que han callado

en el desván
vida seca
lenguas de bacalao

(de *Cielo azar*)

DEUS ABSCONDITUS

diis ignotis et peregrinus

¿quién los puede nombrar?

¿quién los puede confesar?

¿quién podrá tal vez hallarles?

deus absconditus

el ojo por el que lo vemos es

el ojo por el que nos ve

echados en la pradera de asfódelos

a orilla de todas las duraciones

diis

peregrinus

deus

absconditus

(de *Cielo azar*)

LA COMETA EN EL CIELO AZAR

la cometa en el cielo azar

y aquella nube en forma de ballena
en la retaguardia del día:
el horizonte amarillo pálido

moras de los pantanos
pasan del rojo intenso al azafrán
engordando a los cisnes
en el delta del Péchora
donde Siberia se encuentra con el mar de Barents

la cometa en el cielo azar

y los cisnes torpes para el despegue
pero elegantes para el amerizaje
en los juncos
en las marismas
en los estuarios

jirones de cirros

y la nube del no saber
y la niebla del valle
cayendo de espaldas
contra los pliegues de un cúmulo

tallado en la piedra travertina

la cometa en el cielo azar
y su guía durmiendo entre cormoranes

(de *Cielo azar*)

UN BALCÓN EN MADRID

era verano y yo tenía un balcón en Madrid

techos altos
paredes antiguas
árboles caducos
viejas piedras
¡qué juventud!

el mundo extraño más allá del forjado

era verano y yo tenía un balcón en Madrid

nadie que se encuentre como en casa está en casa
¿para qué buscar constelaciones lejanas?

aquí el cielo era más bello
mientras saturno velaba por los nacimientos

aquello que nos retiene es el lugar
lugar clemente
espejismo del reposo

¡un balcón!
¡qué espacio!
circunfesión
la tierra de nadie entre la calle

y la luna menguante

quien observa el viento no pasa
mientras todos los transeúntes partían
sin despedirse
imagen móvil de la inmovilidad
lo desconocido familiar
la belleza desnuda

era verano y yo tenía un balcón en Madrid

cráteres en las cráteras
islas todas de espuma
sandalias olvidadas entre triskeles

¿quién se asomará cuando esté ya
perdido?

allá en el interior del cielo inventamos la palabra
ja
diós!

el que canta para sí mismo
el que canta álgebra

era verano y yo tenía un balcón en Madrid

taxímetros rotos

en claudio coello un atasco
sobre la arena de goya
sobre el sol y sombra de la barrera
y las astas en anhelo de hoz
mercedes y laureles

era verano y yo tenía un balcón en Madrid

¡qué lejos
el verano
el misterio!
en el penúltimo día del mes natal
¡levantad la vista!
cuando paseis
veréis volar ánsares y a mí
apoyado en el forjado contemplando
el desierto de la eternidad.

(Inédito)

PASOS MÁS ALLÁ

orillas del Tiber
puente Garibaldi
pasos más allá en dirección al Aventino
en el Lungotevere dei Cenci
la isla hospital la iglesia de San Bartolomé
la herencia del antiguo Asclepeion
la nave construida en sus rebordes con piedra travertina
un obelisco como palo mayor de la barca solar
en memoria del viaje del dios sanador
una serpiente enroscada alrededor de un bastón
la imagen del culto reposando sobre el secreto del templo
la boca de un manantial ahora seco brocal
nuestro paseo debe conducirnos hasta el enigma
lo enigmático es la curación en sí misma
lejos de las islas Cnidos y Cos lejos de Epidauro
quien hiere también cura
reptil dorado con alta cresta
colgado de una palmera en el atrio
la imitada palma de Delos en el puerto de Antium
en la isla flotante formada por las espigas de Ceres
junto a los campos de Marte
¡oh lugares antiguos qué dueños tan distintos ahora os poseen!
dos mil trescientos años y aún acudimos a sanarnos
de la enfermedad de la vida: la propia existencia
puente Cestio puente Fabricio puente Rotto
desplomado varias veces
así nosotros atravesando abismos

con las estatuas de los Hermes cuadrifrontes siempre dispuestos
a transportar las almas
la cálida luz de la piel cubriendo un cuerpo frío
milagro en la desventura
en cada curación una epifanía
a través del dormir
a través del soñar
lenguas de perro lenguas serpentinadas
enfermedades invisibles
dolores inagotables
exvotos colgados de los troncos de cipreses
orillas del Tiber
puente Garibaldi
pasos más allá
que triste es caminar entre la gente
y simular que no se ha muerto
y confesar que aún no se ha vivido
¡se necesitan médicos y enfermeras!
leo en una información en *La Repubblica*
¿quién necesita poetas?
¿quién necesitará pensamientos inútiles?
¡y si no hay cura dazme al menos una muerte honorable!
puente Cestio puente Fabricio puente Rotto y el Sublicio
desde el cual se ofrendaban al río muñecos de mimbre
con forma humana
¿esos monumentos cómo serán en el futuro?
dos mil trescientos años después de este paseo
¿y el río?
esos paisajes sin turismo

¡qué hermosos volverán a ser!
los lugares mueren aunque no lo sepan
aunque parezcan sobrevivirnos
¡curación y liberación!
la niebla pesaba sobre el Tiber
¡tantos espíritus en su vapor!
por el Tiber a contracorriente
tras las ventanas del Ospedale dei Fatébènefratelli
humeaba el Tiber
leteotiber
y aquella muchacha de bata blanca
que ha salido a la plaza a fumar
¿a cuántos logrará salvar utilizando sus libros sibilinos?
ácimos del lenguaje
he escrito tantos versos
ahora me cuesta subir todos estos escalones
la madurez debería arder al eclipsarse el día
pasos más allá puente Pallatino
el gallo –el sol vuelve a salir– llega la luz
¡agradezcámoslo!
el sol sale la niebla despeja ya es pleno día
la puerta está abierta de par en par
la cortina rasgada
temer esto no sentir miedo de lo otro

senza fine

(Inédito)

MIENTRAS EL KOSAVA TIRA DE NOSOTROS

La máquina no me identifica.
La azafata no me cree.
La policía está escamada con las gotas para mi oído sangrante.
Munich se encuentra lejos, pero aún más Belgrado.
Sueño sueños torpes
mientras nos deslizamos sobre una estepa de nubes.
Poco peso entre tantos pensamientos sueltos.
Y el Kosava tira, tira de nosotros
para llegar más pronto a donde se hinchan las velas
por el Danubio, por el Sava.
¿Cuándo podremos ser felices?
Comer cerezas y en su tiempo manzanas,
calentar las manos en los cartuchos de castañas,
caminar sobre un campo de nieve y el oscuro erizo
resistiendo al Kosava que tira, tira de nosotros,
juega con los vestidos blancos de las novias bajo el sol de invierno.
Ellas me hacen señas desde los lentos meandros.
El río dulce, las aguas enteras como un estuche de cuchillos de nácar.
Sábanas blancas ondeando,
ropas limpias y frescas,
una especie de juventud con la que la vejez se viste.
¡Cuánta poesía moribunda en discursos sin mérito!
¡Calla ya corazón, otras cosas más duras sufriste!
¡Atrévete tanto como puedas, no hay verdad cuando se trata del yo!
Un buen poema es oscuro, silencioso como una serpiente.
¿Cuándo podremos ser felices?

Aeropuerto Nikola Tesla, las madres entregando maletas
con recuerdos para sus hijas.
Habitación 407. Hotel Moskva. Calle Balkanska número 1.
Los turcos construyeron en el antiguo pantano,
en medio de la llanura desierta,
norias, *terazije* las llamaron. Ahora queda una preciosa fuente
en memoria del príncipe Milos, frente a las paradas
de autobuses y los kioscos.
El Danubio, el Sava. Entre ambas orillas la Ratno Ostrvo,
la isla de guerra entre otomanos y habsbúrgicos.
¿Cuándo podremos ser felices?
Si en las tumbas crecen flores entonces esos sí lo son.
Los de una orilla, los de la otra, quienes siempre estamos en medio.
Bajo las velas de mis versos todos navegan
por los largos ríos, por los afluentes hasta los deltas.
Y yo ¿dónde estaré nadando?
En el Sava. En el Danubio. En el Drina.
Bajo el mar rizado, bajo el rizado vello.
Los poetas no tienen rostro sólo voz es su rostro.
Dulce de espinas en los picos de palomas celosas.
El hombre de inteligencia ama las corrientes.
El hombre de corazón se complace en las alturas.
¿A cuál de los dos pertenezco?
¿Por qué siempre hay que elegir?
El pedazo de hielo en la copa de vino.
El pedazo de hielo bajo la almohada.
¿Cuándo podremos ser felices?
Las calles cambian de nombre más rápidamente

que las generaciones.

El bulevar del rey Aleksandar era el camino a Constantinopla, a Estambul, luego fue la calle de los cañones dorados,

la calle de Marko,

la calle del cinturón de los cartuchos de pólvora,

la calle del rey Aleksandar Obrenovic,

el bulevar de la liberación, el bulevar de la revolución,

el bulevar del rey Aleksandar, finalmente, por ahora.

Todos los recorrí. Todos estaban cubiertos con las losas de tumbas otomanas, ortodoxas, judías, católicas.

Todas eran tumbas nuestras.

¿Cuándo podremos ser felices?

En la calle Mihailova tomo chocolate en el Ruski Car.

En Zemun comemos en el Reka a orillas del Danubio.

Unos músicos tocan tangos como si almorzáramos en el Río de la
[Plata.

A las tres en punto de la tarde ya es de noche
y apenas hemos comenzado el día.

Entre el Danubio y la ribera del Sava

la Torre Sahat vigilando,

la Torre Nebojsa tensando los nervios.

Entro en la iglesia del arcángel San Gavriilo, en la calle Humska,

entro en la iglesia del arcángel Mihail, en la calle Markovica,

los frescos están desconchados y mis brazos abiertos

sostienen las alas en su caída.

Toda filosofía comienza cuando quien filosofa lo hace sobre sí mismo.

Todo poema comienza cuando el autor lo desconoce.

Todo es materia creadora.
En la Casa del reloj de Sol, en la calle Dubrovacka,
los números están descolgados.
En el palacio Icko, esquina de Bezanijska con Svetosavska,
hay un salón *Lepote*, un salón de belleza.
¿La belleza no es una forma de resplandor?
Pero la muchacha que viene a atenderme apaga las luces
y cuelga el cartel de cerrado.
No hay amor feliz, ni felicidad sin amor.
Y el de esta joven, dibujando el camino del deseo, se agota
en el otro que la espera fumando del lado de Svetosavska.
En ese horizonte ¿una vida por vivir?
Nosotros ya no tenemos cabida.
Lo que no poseemos es lo que no somos.
Aquello de lo que no he escrito no lo he visto.
Hotel Moskva habitación 407. Corro las cortinas.
Un jardín en primer plano, luego otros hasta el Danubio, hasta el
Sava.
La armonía del conjunto trasciende a la del espíritu.
Es importante cultivarlo en silencio.
La música, como la poesía, es un arte no significante.
Las notas borran de la tierra todo cansancio.
¡Oh extranjeros! ¿Quiénes sois?
¿Por qué no entiendo vuestras lenguas?
¿Cuándo podremos ser felices?
Y el Kosava tira, tira de nosotros.
Todo hombre de pie no es más que un soplo.
Vuelvan atrás las fuentes,

los ríos atrás demasiado tiempo fluyendo.
Junto al Sava, junto al Danubio, junto al Drina
¡Todos secos! Y entonces nos sentaremos y lloraremos
acordándonos de los antiguos caudales.

(Inédito)

EL VACÍO ME CERCÓ

Incluso en la plaza Saad Zaghloul el vacío me cercó
donde sólo esta muchacha queda con las palomas
en medio de un desorden de columnas y capiteles sumergidos
bajo las antiguas balizas oxidadas.

Soy un nómada en las estepas y desiertos metropolitanos,
y me ablanda el letargo azul de la Cornisa.

Te persiguen aquellas ciudades por donde has ido
desparramando en vivo tus cenizas.

Uno no muere de repente, agoniza por los caminos,
se va desescamando.

Y nuestra vida poco más que el recuerdo
de una novela leída en el pasado.

Somos personajes secundarios de nuestras lecturas.

¡Cuánta melancolía borealis!

La ciudad despertando como tortuga vieja
y los nombres de puertos y aeropuertos
cuando no se tiene parte alguna a donde ir,
o ya se ha ido a todas partes y en todas ellas
las reliquias de uno mismo se venden como recuerdos.

En el sonámbulo vestíbulo del Hotel Cecil
nos sentamos a esperar.

¡Balcones de los hoteles, balcones!

Cuántas gentes asomadas.

Busco algo que distraiga mis pensamientos,
un movimiento insignificante

de las olas, de las gaviotas, de algún transeúnte

que se atreve a cruzar la calle.
Todos jugamos en la vida para perder.
Los jardineros sustituyen las palmeras muertas
que el Khamsum azotó.
¿Cuántos intrusos de occidente yacen aquí?
Todo patriota odia a su país.
Nubes perladas, la ciudad aún dormitando.
Somos responsables de cuanto soñamos.
El hombre que se dispone a partir
extiende una mirada nueva
sobre las cosas que lo rodean.
Aún permanece ahí pero ya no está,
adopta una perspectiva de huída.
Sé de lo que huyo, pero no lo que busco.
Cada cual anda escapado de sí mismo,
hasta que me encuentre al otro
en la estación Ramleh, en el café Trianon,
en el Anthineos o en el Pastroudis.
Entro en la tienda de antigüedades
de Themistocles Sofianopoulo
y veo un busto semejante a mí y
escucho una voz que me suena
desde una vieja radio,
En un grafiti de rasgos femeninos, en griego clásico,
leo lo mismo que leí
en las ciudades de Cartagena, Budapest o Bagdad:
... «Quienquiera...Hablan lo que quieren.
Que hablen. A ti no te importa...te

es provechoso lo mismo. Tú amame,
te es provechoso».
¡Qué difícil resucitar a los muertos!
¡Qué difícil resucitarse a uno mismo!
A ti y al otro del que huyes
por las catacumbas de Kom el Shogafa.
Santos son los lugares de los que nadie ha regresado.
Cada uno anda escapado de sí mismo
hasta que al otro te lo encuentras
bajo la columna de Pompeyo,
y tú te escapas y él te llama desesperadamente,
y tú te detienes y es como
si te miraras en un espejo,
tan viejo, tan canoso como tú,
tan quejoso, tu misma voz
que te suena distinta en la voz del otro.
Donde quiera que vayas
la ciudad de la que te alejas te seguirá.
«La ficción que yo soy», me dijo un
filósofo en Hipona.

Filosofías flotantes (no citar a los filósofos separados de su
contexto y, peor aún, de su lengua ori-
ginal, lo que dicen ya no tiene el mismo
sentido y, a veces, no tiene ninguno).

Huesos y carne abandonados donde comienza el desierto
¿Quién los enterrará?
¡El uno o el otro!
¡Qué importarán nuestras inquietudes

en el tiempo futuro!
cuando estemos mirando al horizonte
perpetuo desde Pharos.
¿Qué pensamiento pensará sin saber
que no es de él ni de nadie?
Ruinas sobre los restos de las ruinas,
como palabras sobre los restos de las letras
estercoladas.
Los obreros se afanan por alzar de nuevo las columnas
sin reparar que su belleza reside en el desorden.
Incluso en la plaza de Saad Zaghloul el vacío me cercó.
Pasado el medio siglo, donde quiera
que mire allí estuve.
Y el sabor del miedo se hace cada vez más dulce,
empalagoso,
como nata sin colar.
Incluso en el balcón del Hotel Cecil
el vacío me cercó.
En todo lo alto el Sol
y mi figura marcando una sombra.
Sobre el cuadrante de mi memoria
sólo permanecerán estas horas fugitivas.

(Inédito)

BIBLIOGRAFÍA POÉTICA

POESÍA

Épica, Editorial Argrove, La Coruña, 1974.

Proyecto preliminar para una arqueología de campo,
Editorial Ámbito Literario, Barcelona, 1978.

Últimas horas en Lisca Blanca, Colección Provincia,
León, 1979.

La estancia saqueada, El Bardo, Barcelona, 1983.

Derivas, Libros Maina, Madrid, 1987.

A fin de Fisterra, Colección Esquíu de poesía, Ferrol,
1988. Décima edición Pre-Textos, 2010.

Las ruinas del mundo, Anthropos, Barcelona, 1991.

Recoge la *Obra poética (1974-1988)* prologada por
Ángel Crespo. Abarca los poemarios:

*¿Dónde termina el viaje? (Épica y Proyecto preliminar
para una arqueología de campo)*, *Últimas horas en Lisca
Blanca*, *La estancia saqueada*, *Derivas*, *A fin de
Fisterra* e inéditos de *Para no ir a parte alguna*.

Para no ir a parte alguna, Pre-Textos, Valencia, 1994.

Olas en la noche, Pre-Textos, Valencia, 2001.

En el mar de ánforas, Pre-Textos, Valencia, 2005.

El rumor del tiempo. Antología poética (1974-2006),
Círculo de Lectores/Galaxia Gutenberg, Barcelona,
2006. Prólogo de Antonio Gamoneda. Selección y
epílogo de Julián Jiménez Heffernan.

En edición bilingüe gallego-castellano:
Eume, Pre-Textos, Valencia, 2008.
Cielo azar, Pre-Textos, Valencia, 2011.

Está traducido al portugués, francés, italiano, inglés,
alemán, árabe y hebreo.

ÍNDICE

PÁG.

| | |
|--|-----|
| El mundo a través de mi literatura | 5 |
| Las almas más puras | 13 |
| Cuando los dioses hablaban | 28 |
| Senza fine | 45 |
| Selección de poemas | 57 |
| Retrato con naturaleza muerta | 59 |
| Subida al Vesubio | 60 |
| III | 62 |
| El espejo | 65 |
| Vieja cima | 67 |
| Siracusa | 73 |
| La Coruña | 77 |
| Torre de Hércules | 78 |
| La luz del farero (Sisargas) | 79 |
| Fin de año en el Frontón Madrid | 80 |
| El rumor del tiempo | 85 |
| La primera noche de la quietud | 90 |
| Illa cantat | 92 |
| Por los estrechos | 93 |
| Por nosotros interceden... .. | 95 |
| La física del alma | 99 |
| Nanas de la nada | 101 |
| Cosas de Ur | 108 |
| Obligado a esperar... .. | 113 |
| Bajo el puente de Brooklyn | 114 |
| Peripatéticos | 115 |

| | |
|---|---------|
| El río de la luna | 117 |
| Preparo un ramo de flores imaginarias | 119 |
| SPREE | 120 |
| Ya no pesamos nada | 123 |
| Cruzando puentes | 125 |
| A la manera de Guillaume, Osip, Paul y César Antonio | 128 |
| Celebrando el año nuevo del 2007 | 129 |
| Abu-l-hool | 133 |
| genius | 142 |
| ... y sus ojos no se encontraron | 145 |
| bifaz | 148 |
| flânerie | 149 |
| carso | 151 |
| en la cumbre del monte Moriah | 154 |
| en el desván | 157 |
| deus absconditus | 158 |
| la cometa en el cielo azar | 159 |
| un balcón en Madrid | 161 |
| Pasos más allá | 164 |
| Mientras el Kosava tira de nosotros | 167 |
| El vacío me cercó | 172 |
| Bibliografía poética | 177 |

*Creada en 1955 por el financiero español Juan March Ordinas, la **Fundación Juan March** es una institución familiar, patrimonial y operativa, que desarrolla sus actividades en el campo de la cultura humanística y científica.*

Organiza exposiciones de arte, conciertos musicales y ciclos de conferencias y seminarios. En su sede en Madrid, tiene abierta una biblioteca de música y teatro. Es titular del Museo de Arte Abstracto Español, de Cuenca, y del Museu Fundación Juan March, de Palma de Mallorca.

A través del Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones, promueve la docencia y la investigación especializada y la cooperación entre científicos españoles y extranjeros.

PYP

[28]



Fundación Juan March